

**MÁSTER EN ESTUDIOS AVANZADOS EN COMUNICACIÓN
POLÍTICA**

Facultad de Ciencias de la Información

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Curso académico 2024/2025



Trabajo de Fin de Máster

***El poder del territorio en la polarización - Análisis de las
narrativas en torno a la identidad territorial: El caso de las
campañas electorales estadounidenses de 2024***

Julio 2025

Autora: Ana Cortés Sen

Tutora: Elisa Brey

Número total de palabras: 17.838



Estudios Avanzados en Comunicación Política
Máster Oficial

VISTO BUENO DEL TUTOR PARA DEFENSA PÚBLICA DE TRABAJO FIN DE MASTER (TFM)

Este documento se entregará firmado junto a los originales del TFM

El profesor del Máster en Estudios Avanzados en Comunicación Política

Elisa Brey

Otorga su visto bueno para la presentación a Tribunal evaluador del Trabajo Fin de Máster del alumno

Ana Cortés Sen

Con correo electrónico anacor07@gmail.com

Cuyo título es:

El poder del territorio en la polarización - Análisis de las narrativas en torno a la identidad territorial: El caso de las campañas presidenciales estadounidenses de 2024

Fecha: 30 / 06 / 2025 Firmado por BREY ELISA -
****7482* el día
30/06/2025 con un
certificado emitido por
AC FNMT Usuarios

Fdo. Prof.:

DECLARACIÓN DE ORIGINALIDAD Y AUTORIZACIÓN DE PUBLICACIÓN WEB

El/La abajo firmante **DECLARA** ser el/la autor/a del Trabajo de Fin de Master que presenta como culminación de sus estudios de Máster en Estudios Avanzados en Comunicación Política de la Universidad Complutense de Madrid, para ser evaluado por el Tribunal correspondiente y **desea hacer constancia de lo siguiente:**

1. **El trabajo es original e inédito** y es producto de su contribución intelectual, bajo la tutela de uno o varios profesores de esta Máster.
2. **Las figuras, tablas e ilustraciones** que acompañan al trabajo representan fielmente los hechos informados y **no han sido alteradas digitalmente.**
3. **Todos los datos y las referencias** a textos y materiales ya publicados están **debidamente identificados y referenciados en el texto y en las notas bibliográficas.**
4. **Autoriza** la publicación del trabajo en la web oficial del Master.

Nombre del autor/a: Ana Cortés Sen

Título del TFM: El poder del territorio en la polarización - Análisis de las narrativas en torno a la identidad territorial: El caso de las campañas electorales estadounidenses de 2024

Para dejar constancia de lo anteriormente expuesto, se firma esta declaración en Madrid, a 30 de junio de 2025

Fdo.:

ÍNDICE

I.	INTRODUCCIÓN	2
II.	MARCO TEÓRICO	4
1.	La brecha urbano-rural como clivaje político-cultural.....	5
2.	La identidad política como reacción afectiva: Opinión pública y polarización desde abajo.....	8
3.	La construcción discursiva de la identidad “desde arriba”: Narrativas culturales y estrategias simbólicas en campaña.....	12
III.	DISEÑO METODOLÓGICO	14
1.	Selección y delimitación del corpus de análisis.....	15
2.	Análisis cualitativo: estrategias de framing y priming.....	16
3.	Comparación entre ciclos: 2020 vs 2024.....	17
4.	Triangulación interpretativa y justificación crítica	17
IV.	ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE LOS RESULTADOS	18
1.	Campaña de Donald Trump en 2024: Antagonismo, identidad rural y populismo estético.....	18
1.1.	<i>Intensificación del populismo antagonista y territorialización del conflicto político</i>	18
1.2.	<i>Ruralización del “pueblo auténtico” y estetización de la nostalgia territorial</i>	21
1.3.	<i>Continuidades y mutaciones discursivas respecto a 2020</i>	23
2.	Campaña de Kamala Harris en 2024: Ciudadanía inclusiva, emoción esperanzada y descentralización discursiva	25
2.1.	<i>Reivindicación de una identidad cívica inclusiva desde la diversidad territorial</i>	25
2.2.	<i>Contra narrativa al miedo: Defensa institucional y la política como cuidado</i>	26
2.3.	<i>Estrategias de territorialización simbólica: Ciudad, suburbio y nación</i>	29
3.	Comparación final entre ambos candidatos: Conflicto discursivo y polarización territorial.....	31
3.1.	<i>Discurso político y profundización de la brecha urbano-rural</i>	32
3.2.	<i>Antagonismo y consolidación de percepciones identitarias excluyentes</i>	33
3.3.	<i>Intensificación del populismo y mutación en los discursos territoriales</i>	35
V.	CONCLUSIONES	37
VI.	ANEXOS	¡Error! Marcador no definido.
VII.	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	45

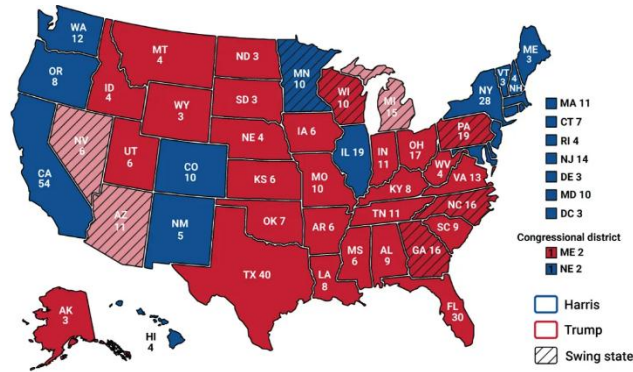
I. INTRODUCCIÓN

Las elecciones presidenciales de 2024 en Estados Unidos han reafirmado la creciente polarización política y cultural del país. Más allá de las diferencias programáticas entre el Partido Demócrata y el Partido Republicano, el enfrentamiento electoral ha estado marcado por una fractura territorial cada vez más evidente, en la que el voto urbano y el voto rural reflejan visiones opuestas de nación. La candidatura de Kamala Harris, primera mujer en ocupar la vicepresidencia y representante de un partido que ha enfatizado la diversidad y el progresismo urbano, contrasta radicalmente con el retorno de Donald Trump, cuya retórica ha apelado de manera explícita a la defensa de los valores tradicionales y a la denuncia del supuesto dominio de las élites urbanas. Este choque de identidades territoriales no es nuevo, pero se ha intensificado en un contexto donde la cultura política se estructura en torno a relatos que apelan a la pertenencia, la exclusión y la nostalgia por un país que algunos perciben como perdido.

Los datos electorales evidencian la magnitud de esta división. Ya en las elecciones de 2020, Joe Biden obtuvo más del 60 % del voto en áreas metropolitanas, mientras que Donald Trump superó el 65 % en zonas rurales (*The New York Times*, 2021). Esta brecha no solo se ha mantenido en 2024, sino que se ha profundizado debido a la creciente influencia de narrativas políticas que refuerzan una identidad territorial diferenciada. De hecho, esta tendencia parece haberse intensificado, según informes del *Pew Research Center* (2024), que indican percepciones marcadamente opuestas sobre los valores dominantes en los espacios urbanos y rurales. Estas percepciones no suelen ser neutrales, sino que es de suponer que responden en parte a estrategias discursivas cuidadosamente diseñadas para movilizar emociones y reforzar lealtades partidistas, las cuales apelan directamente a emociones colectivas como el orgullo o la desconfianza (Hochschild, 2016; Cramer, 2016). En este contexto, las campañas de Trump y Harris han utilizado narrativas territoriales para consolidar sus bases. Trump ha insistido en un discurso que presenta a las ciudades como espacios de decadencia moral y caos, contrastándolos con la “América real”, representada por las comunidades rurales y suburbanas. En su retórica, fenómenos como la corrección política, el *wokismo* o la cultura de la cancelación han sido empleados como símbolos de una supuesta crisis nacional promovida por las élites progresistas (Nagle, 2017; Casullo, 2019). Por su parte, Harris ha enfatizado la diversidad y el papel de las grandes urbes como motores de innovación y progreso, apelando a una visión de Estados Unidos acorde a un país en transformación constante. Estos marcos discursivos no sólo estructuran la contienda electoral, sino que también refuerzan la idea de que la identidad política está

intrínsecamente ligada al territorio que se habita, convirtiendo el espacio geográfico en una categoría simbólica desde la que se articulan distintos valores.

Figura 1. Mapa de los resultados electores de las elecciones presidenciales de 2024 dividido por estados



Obtenido de GZERO: <https://www.gzeromedia.com/us-election/us-election-2024-map-the-vote>

Si bien la polarización política ha sido ampliamente analizada desde perspectivas ideológicas, económicas e institucionales (McCoy et al., 2018; Levistky y Ziblatt, 2018), el papel de las narrativas culturales en este proceso ha recibido menos atención sistemática. Y, en particular, el modo en que esas narrativas se contraten desde arriba, a través de discursos de campaña, y se adaptan estratégicamente al tipo de audiencia, sigue siendo un terreno fértil para el análisis. Este trabajo parte de esa premisa. En un escenario donde la política se articula en torno a relatos de inclusión y exclusión, y donde la política se articula cada vez más como una lucha simbólica entre identidades en disputa (Laclau, 2005; Hall, 1997), comprender cómo se construyen estas narrativas no es un asunto menor, sino que, de hecho, es clave para comprender por qué determinadas formas de pertenencia se consolidan a frente a otras. En este sentido se entiende que el discurso político ya no solo informa o persuade, sino que también puede llegar a moldear imaginarios, activar afectos y delimitar el mapa emocional del electorado.

A partir de este planteamiento, el objetivo general de este estudio es analizar las estrategias discursivas en la construcción de las narrativas sobre identidad territorial en la polarización política de Estados Unidos por parte de los candidatos en las campañas electorales presidenciales de Estados Unidos en 2024. Para ello, se busca identificar los principales marcos discursivos empleados por Trump y Harris en relación con la identidad territorial, examinar cómo estas narrativas han sido utilizadas en los discursos para intentar captar la atención del votante.

La intención no es medir su impacto en el electorado, algo que excede las posibilidades de un trabajo de estas características, sino comprender los sentidos que

movilizan. Para ello, se comparan discursos realizados ante públicos urbanos y rurales, buscando responder a preguntas como (1) ¿Qué marcos culturales y simbólicos se activan en cada caso? (2) ¿Cómo ha evolucionado el tono populista entre ambas campañas? (3) ¿Se refuerza la dicotomía territorial en términos discursivos?

Este análisis comparativo, realizado principalmente a partir de tres discursos por candidato en cada ciclo (2024 y 2020), 10 publicaciones en redes sociales por candidato y 2 spots de cada campaña en 2024, permite mantener una metodología viable dentro de los límites de un TFM, sin renunciar a una mirada crítica y profunda.

A partir de este enfoque, se establecen tres hipótesis de trabajo. En primer lugar, que las campañas electorales de 2024 han reforzado la brecha urbano-rural a través del uso de discursos que enfatizan diferencias culturales y valores identitarios, siendo la retórica populista un elemento clave en la construcción de estas narrativas. En segundo lugar, que la instrumentalización de la identidad territorial en el discurso político ha contribuido a consolidar percepciones antagónicas entre públicos urbanos y rurales. Y, por último, que el uso de marcos populistas se ha intensificado entre 2020 y 2024, especialmente en los discursos orientados a audiencias rurales, apelando a sentimientos de exclusión o agravio.

Este trabajo se organiza en cinco apartados principales. El primero desarrolla el marco conceptual, donde se revisan las principales aportaciones teóricas sobre polarización política, identidad territorial y narrativas culturales, prestando especial atención al papel del discurso como espacio de construcción simbólica. El segundo apartado presenta el diseño metodológico, centrado en el análisis cualitativo del discurso mediante técnicas de *framing* y *priming*, y en la comparación de dos ciclos electorales (2020 y 2024) desde un enfoque discursivo. El tercero recoge los resultados del análisis, poniendo el foco en los marcos narrativos utilizados por ambos candidatos, Donald Trump y Kamala Harris, y en cómo estos se adaptan a contextos territoriales distintos. El cuarto apartado discute las implicaciones de estos hallazgos para comprender el modo en que la retórica política contribuye a reforzar clivajes culturales como el urbano-rural, y a desplegar estrategias de populismo “desde arriba”. Por último, el trabajo cierra con una conclusión como reflexión sobre los límites, aportaciones y posibles líneas de investigación futura. En conjunto, este trabajo aspira a ofrecer una mirada más afinada sobre cómo el lenguaje político estructura el conflicto territorial en Estados Unidos, y cómo, a través del relato, se disputan hoy no solo los votos, sino también los sentidos compartidos de nación.

II. MARCO TEÓRICO

En este apartado se sientan las bases teóricas del análisis. El objetivo es situar teóricamente la polarización territorial como fenómeno político y comunicativo a través de la literatura especializada. Para ello, el marco se divide en tres subapartados. En primer lugar, se abordará la brecha urbano-rural como clivaje

político-cultural, posteriormente, me centraré en la identidad política desde una perspectiva afectiva y su vinculación con la polarización “desde abajo” y, el último subapartado se centra en las estrategias discursivas empleadas “desde arriba” por los actores políticos, con especial atención al uso del populismo, el simbolismo y los marcos culturales,

1. La brecha urbano-rural como clivaje político-cultural

La creciente polarización en Estados Unidos ha dejado de ser puramente ideológica o partidista, para convertirse en una forma de identidad social profundamente arraigada (Mason, 2018; Hetherington y Rudolph, 2015). Este cambio ha implicado que la política ya no se limite a estructurar preferencias, sino que articule además emociones, pertenencias y sentidos de comunidad. En este sentido, se ha producido lo que Mason denomina *uncivil agreement*: los individuos no solo difieren en sus ideas, sino que se identifican emocional y afectivamente con su grupo político y desarrollan hostilidad hacia el otro, teniendo a rechazarle no solo por sus ideas, sino como forma de pertenencia emocional. La política se ha vuelto un marcador de identidad tan potente como el género, la religión o la etnicidad.

Esta transformación implica que los discursos políticos no solo apelan a políticas públicas, sino que activan sentimientos de pertenencia cultural, resentimiento, miedo u orgullo. Así, la división rural-urbana ha sido reconfigurada como una frontera simbólica entre “dos Américas”: una conservadora, blanca, religiosa y rural, y otra diversa, progresista, secular y urbana (Fiorina et al., 2005; Mettler y Brown, 2022). Esta brecha territorial se ha convertido en el campo de batalla discursiva por excelencia. Tal como muestran estudios recientes (Fasching et al., 2024; Gimpel et al., 2024), la polarización no es simplemente una cuestión de élites políticas, sino que se ha filtrado al nivel de la ciudadanía, afectando incluso a las relaciones familiares, laborales y comunitarias.

Autores como Scala y Johnson (2017), McKee (2008) y más recientemente Crulli (2024), han demostrado cómo el voto en EE. UU. sigue una clara lógica territorial cada vez más definida. Las áreas metropolitanas tienden a votar al Partido Demócrata, mientras que las regiones rurales se inclinan hacia el Partido Republicano. Esta correlación geográfica ha sido instrumentalizada por ambos partidos para construir relatos culturales que apelan a “la verdadera América” y a distintas formas de identidad nacional. En las últimas campañas, el territorio no es un solo un componente geográfico, sino que se ha ido convirtiendo poco a poco en una representación cultural.

Lo que se observa es una evolución de la política hacia un fenómeno afectivo, donde la identidad partidista se experimenta como una pertenencia emocional más que como una afiliación racional. Esto tiene implicaciones profundas en la forma en que los discursos son producidos, distribuidos y recibidos: ya no se trata de convencer desde el argumento, sino de activar desde el sentimiento. En este escenario, los partidos diseñan narrativas que refuerzan identidad contrapuestas.

Históricamente, tanto el Partido Demócrata como el Republicano habían contado con apoyos significativos tanto en contextos rurales como en urbanos. Sin embargo, desde principios de los años 90, esta distribución geográfica del voto ha cambiado de forma drástica. Hoy en día, el panorama político estadounidense está profundamente marcado por una línea divisoria, de una forma en la que mientras que los territorios rurales tienden a inclinarse de forma abrumadora hacia el Partido Republicano, las ciudades se han consolidado como bastiones del Partido Demócrata.

En este sentido, autores como McKee (2008) y Mettler y Brown (2022) reafirman que esta brecha urbano-rural no solo refleja un cambio en las afinidades partidistas, sino que tiene implicaciones directas sobre la gobernabilidad democrática, ya que refuerza la desconfianza hacia las élites políticas y la legitimidad de las instituciones, especialmente entre la población rural. En este contexto, el discurso político tiende a presentar no solo programas o propuestas, sino narrativas profundamente cargadas de significados culturales, que activan emociones, miedos, aspiraciones e identidades. Así, la campaña electoral se convierte en un espacio de lucha simbólica, donde se construyen visiones del país y del "nosotros" en contraposición a un "ellos" ideológico, territorial y afectivo. Por ejemplo, en los últimos años, los candidatos republicanos han centrado su discurso en apelar directamente a las comunidades rurales, retratándolas como el verdadero corazón de la identidad estadounidense y presentándolas como "auténticos estadounidenses". En contraste, han acusado tanto a los demócratas como a los grandes medios de comunicación por su "sesgo cosmopolita" y por representar a una élite urbana desconectada de los valores tradicionales del país (Mettler y Brown, 2022).

Pero ¿Cómo surge y cómo se explica la raíz de la brecha política entre las zonas urbanas y rurales en Estados Unidos? Una de las explicaciones más comunes es la que tiene ver con los efectos económicos del desarrollo urbano como motor de esa división. Con el crecimiento de las ciudades llegó el auge de la industria manufacturera y consiguio el progresivo declive del modelo agrícola. Esta transformación económica no sólo afectó al tipo de trabajo predominante, sino que también repercutió en la forma en que los ciudadanos se posicionaban políticamente. La aparición de una conciencia de clase más activa en las áreas urbanas generó nuevas formas de identificación política que no respondían tanto al tipo de cultivo o producción, sino a la diferencia estructural entre el trabajo industrial y el agrícola. Como ya señalaba Key (1964), el urbanismo fue un factor clave para diluir el seccionalismo agrario. En la misma línea, Campbell et al. (1960) observan que el contacto con la vida urbana moderna incrementa la probabilidad de desarrollar una identidad de clase.

Esta idea ya estaba presente en el pensamiento de Marx (1867), quien plantaba que una de las bases de la división del trabajo y del desarrollo económico-social radica en la separación entre ciudad y campo. En este marco, el traslado masivo hacia los entornos urbanos generó intereses comunes entre los habitantes de las ciudades, lo que fortaleció la conciencia de clase urbana, mientras que en el mundo rural se

mantuvieron formas de identificación distintas, ligadas al arraigo comunitario y al modo de vida tradicional.

Sin embargo, la división urbano-rural no solo puede explicarse desde lo económico. También hay factores culturales, sociales e incluso psicológicos que modelan las formas de pensar, sentir y vota de quienes viven en uno u otro entorno. Por ejemplo, en este sentido, la teoría de la alienación urbana sugiere que la vida en las ciudades tiende a generar aislamiento, debilitamiento de los lazos comunitarios y, en ocasiones una desvinculación respecto a las normas morales tradicionales (Fischer, 1982). En contraste, numerosos estudios han subrayados que las comunidades rurales tienden a compartir valores como el tradicionalismo, la autosuficiencia o el comunitarismo (Buttel y Flinn 1975; Hanson 2015).

Esta identificación con lo urbano o lo rural se traduce en imaginarios compartidos, profundamente cargados de afecto y simbolismo. En el mundo rural, la identidad política se asocia a valores como el trabajo duro, la autosuficiencia o la defensa de las tradiciones, mientras que en los entornos urbanos se promueve una visión más cosmopolita, progresista y pluralista. Como se mencionaba en el anterior apartado, estos marcos culturales no surgen de la nada, se van construyendo poco a poco, circulando y se refuerzan a través de un discurso político y mediático. Como explica Lunz Trujillo (2022), los votantes rurales tienden a desconfiar de las élites urbanas, a quienes perciben como ajenas a sus intereses y valores. Y esta desconfianza no solo es política, también es identitaria.

Estos valores no siempre se generan de forma inmediata, sino que a menudo se transmiten a lo largo del tiempo. Aquí entra en juego la noción de dependencia de trayectoria, según la cual las ideas, normas y patrones de comportamiento pueden perdurar incluso cuando cambian las condiciones materiales o geográficas (Acharya, Blackwell y Sen, 2017). Es decir, aunque un entorno antes rural se haya convertido en suburbano, los valores heredados pueden seguir influyendo en la forma en que las personas se posicionan cultural y/o políticamente. A esto además se suma el papel de las redes sociales contemporáneas, donde mecanismos como las burbujas de eco y la influencia mutua pueden intensificar aún más la polarización política, incluso entre grupos pequeños (McPherson et al., 2001).

En las últimas décadas, además, se ha intensificado un fenómeno que refuerza esta polarización territorial: el de la “migración ideológica”. Con el aumento de la movilidad geográfica, muchas personas han empezado a elegir sus lugares de residencia no solo por motivos laborales o familiares, sino también por afinidad política. Es decir, buscan instalarse en comunidades donde sus vecinos comparten visiones del mundo parecidas (Oppenheimer, 2005). Esta forma de selección residencial contribuye a homogeneizar políticamente ciertos territorios, lo que, a su vez, profundiza la distancia ideológica entre comunidades distintas y consolida el mapa electoral como una expresión del clivaje cultural entre lo urbano y lo rural (Mckee, 2008).

Teniendo todo esto en cuenta, se puede decir que las dinámicas sociales que caracterizan a los entornos rurales y urbanos en Estados Unidos presentan diferencias notables, y estas además se reflejan claramente en aspectos como la economía, la raza, la religión y, por supuesto, la política (Gimpel y Schuknecht, 2004). En muchas comunidades rurales, persiste un estilo de vida tradicional que se traduce en un conjunto de valores bien definidos, muchas veces en contraste directo con las actitudes más progresistas o liberales que predomina en los contextos urbanos (Greenberg et al., 2005).

2. La identidad política como reacción afectiva: Opinión pública y polarización desde abajo

Hablar hoy en día de identidad política en Estados Unidos es hablar, inevitablemente, de polarización. Y no una cualquiera, sino una que cala hondo. Como ya se abordó en el apartado anterior, no se trata únicamente de que republicanos y demócratas defiendan programas distintos. La verdad es que, desde hace décadas, la afiliación partidista ha ido convirtiéndose poco a poco en algo más íntimo, es una forma de pertenencia emocional, casi tribal. En otras palabras, la política no solo estructura preferencias racionales, también ordena afectos, vínculos e incluso modos de entender quiénes somos y con quién nos sentimos parte.

Esta idea no es nueva, pero ha cobrado una fuerza renovada en la literatura reciente. La Teoría de la Identidad Social de Tajfel y Turner (1979) señala que las personas tienden a definirse en función de los grupos a los que pertenecen. Esa necesidad de pertenecer genera dinámicas de favoritismo hacia el grupo propio (*ingroup*) y desconfianza hacia los demás (*outgroup*), especialmente cuando ese “otro” se percibe como una amenaza o un peligro para la continuidad del grupo. En contextos como el estadounidense, donde la polarización ha colonizado hasta los espacios más cotidianos, esta dinámica se agudiza. De hecho, autores como Mason (2018) han aplicado este marco a la política para hablar de *uncivil agreement*, concepto que ya se introdujo en el apartado anterior, es decir, cómo incluso cuando hay coincidencias ideológicas, el mero hecho de pertenecer a partidos distintos basta para generar animadversión. Es el “aunque pensemos parecido, si no votas como yo, eres el enemigo”.

Este fenómeno, conocido como polarización afectiva, ha sido ampliamente documentado. Investigaciones como las de Iyengar y Westwood (2015), Abramowitz y Webster (2016) o más recientemente Brown et al. (2023) han demostrado que el partidismo ya no es solo una cuestión de ideas o intereses, sino una identidad emocional profundamente enraizada. Los votantes no solo desconfían del adversario político, han pasado a rechazarlo moralmente. Lo perciben como una amenaza para el país, para sus valores, incluso para su modo de vida. Y lo hacen de forma visceral. En experimentos con encuestas y pruebas implícitas, se ha comprobado que los individuos interpretan con mayor dureza cualquier gesto ambiguo si viene del otro partido, y tienden a justificar el mismo gesto si proviene del propio grupo.

Y es que la política se ha convertido, en muchos sentidos, en un campo de emociones. Los partidos ya no son simples instrumentos electorales, ahora son comunidades simbólicas que ofrecen identidad, seguridad y un relato del mundo. Como también destacaba Mason (2018), hoy los votantes no solo apoyan ideas; apoyan equipos, relatos y afectos. Compiten no solo por ganar, sino por definir qué significa ser estadounidense. Y esa disputa identitaria no es sólo abstracta. Afecta a las relaciones familiares, a los grupos de amigos e incluso a los algoritmos que filtran la información que consumimos a diario.

Desde esta óptica, el proceso de identificación política debe entenderse como algo más profundo que una decisión racional. Es una adscripción emocional que se articula a través de relatos culturales, mediáticos y cotidianos. De hecho, diversos estudios desde la psicología política y la sociología de las emociones han explorado cómo las identidades políticas actúan como filtros que condicionan lo que vemos, recordamos e incluso sentimos hacia los demás (Huddy y Mason, 2015; Druckman et al., 2021). La política, en este sentido, no solo organiza la opinión pública, sino que organiza también nuestras emociones.

Ahora bien, para entender la solidez con la que ciertas identidades políticas se asientan en los individuos, conviene detenerse brevemente en el concepto mismo de identidad. Si bien en el apartado anterior ya abordé su dimensión social y su potencial polarizador en contextos partidistas, la literatura especializada ofrece múltiples capas adicionales. Desde una perspectiva más estructural, autores como Brubaker y Cooper (2000) advierten del riesgo de emplear el término “identidad” como una categoría estática o esencialista. En lugar de ello, proponen concebirla como un proceso dinámico de identificación, no algo que se posee, sino algo que se hace y se representa. En esta línea, Hall (1996) subraya su carácter relacional y narrativo, en este sentido las identidades no surgen en el vacío, sino que se configuran en relación con discursos y contextos culturales concretos.

Esta mirada más fluida y contextual resulta especialmente útil al analizar cómo los individuos se reconocen políticamente a través de relatos sobre el agravio, el orgullo, la pertenencia o el miedo. En sociedades polarizadas como la estadounidense, estas identificaciones tienden a cristalizarse en etiquetas partidistas, pero detrás de ellas hay trayectorias vitales, experiencias de exclusión o aspiraciones compartidas que otorgan profundidad emocional a la identidad política. Como apunta Somers (1994), las personas se ubican en el mundo a través de narrativas, y la política, cuando logra tocar esas fibras, se convierte en una forma de contar quiénes somos, quiénes fuimos y quiénes podríamos llegar a ser.

Esta dimensión afectiva de la identidad política, que en el primer apartado ya se perfilaba en relación con las estrategias discursivas de los candidatos, se vuelve aún más compleja cuando se entrelaza con otros clivajes sociales. En Estados Unidos, el territorio, la división entre lo urbano y lo rural, actúa como un espejo de estas fracturas. Como subrayan Mettler y Brown (2022), ya no se trata solo de localización geográfica. Vivir en una ciudad o en un pueblo implica habitar dos universos culturales distintos, con imaginarios, lenguajes y valores propios. El campo se asocia

a lo tradicional. La ciudad, al cambio, la diversidad, el cosmopolitismo. Y esta diferencia no se queda en el plano simbólico: afecta directamente a cómo los ciudadanos se posicionan políticamente.

Aquí entra en juego una dimensión clave del análisis: la construcción de la identidad política “desde abajo”. Es decir, cómo los votantes interpretan, sienten y reconfiguran su lugar en el mapa político nacional. En contextos polarizados, esta construcción suele tomar la forma de resistencia, orgullo o agravio. Algunos estudios recientes, como el de Hershewe y Smith (2023), muestran que los demócratas que viven en zonas rurales tienden a sentirse desconectados de su entorno, como si su identidad política entrara en conflicto con el paisaje cultural que los rodea. Al contrario, muchos votantes republicanos en contextos rurales ven en su identidad partidista una reafirmación de su pertenencia local.

Estas tensiones también explican el auge de discursos populistas que apelan a la identidad desde el agravio. Como explican autores como Noury y Roland (2020) o Mutz (2018), la percepción de pérdida de estatus, especialmente entre grupos rurales, blancos y conservadores, ha alimentado una narrativa emocional de exclusión: “nos han olvidado”, “se ríen de nosotros”, “la élite urbana no nos representa”. Este resentimiento no es sólo político, sino que también es cultural. Y se traduce en un voto que busca recuperar el control simbólico de la nación.

En este contexto, el populismo aparece como una herramienta especialmente potente para articular ese tipo de relatos identitarios. Aunque no existe un consenso unívoco sobre qué es exactamente el populismo, buena parte de la literatura coincide en caracterizarlo como una lógica de construcción del antagonismo social. Según la definición ya clásica de Mudde (2004), el populismo es una ideología de “delgado grosor” que concibe la sociedad dividida entre “el pueblo puro” y “la élite corrupta”, y que defiende que la política debe ser una expresión de la voluntad general del pueblo. Laclau (2005), desde una perspectiva más discursiva, lo entiende como una forma de articular demandas insatisfechas a través de significantes vacíos que logran aglutinar identidades dispersas en torno a una frontera política común. Y Moffitt (2016), por su parte, lo aborda como un estilo performativo, centrado en la apelación directa, la confrontación constante y el manejo emocional del antagonismo.

Aunque estas aproximaciones difieren, todas coinciden en que el populismo tiene una función identitaria y le da forma al “nosotros” frente a un “ellos” amenazante. Lo interesante es que ese “nosotros” puede adoptar múltiples rostros: desde el ciudadano común y trabajador, hasta la nación herida, el votante olvidado o el contribuyente honesto. La flexibilidad del populismo es precisamente lo que lo hace tan eficaz como mecanismo de interpelación política.

En los últimos años, ha cobrado especial fuerza el análisis del populismo desde abajo, *grassroots populism*, es decir, aquel que no se origina exclusivamente en las élites políticas o mediáticas, sino que emerge de las bases sociales como forma de resistencia simbólica. Autores como Ostiguy (2017) y Urbinati (2019) han subrayado que, en estos casos, el populismo no debe ser entendido solo como estrategia electoral,

sino como un tipo de afecto colectivo. Un modo de vivir y experimentar la política desde la desigualdad, la desconexión institucional o el sentimiento de irrelevancia. Este populismo de base actúa como un marco emocional que organiza la rabia, la frustración o el deseo de ser escuchado. Y aunque a menudo se expresa de forma desordenada o contradictoria, da cuenta de una subjetividad política que se siente desplazada del centro de decisión, incluso del centro del relato.

La verdad es que este tipo de pulsiones populistas no se limitan a un espacio geográfico o a una ideología concreta. Si bien en el caso estadounidense se manifiestan con especial claridad en entornos rurales, como se ha mencionado ya en este marco teórico, también pueden surgir en colectivos urbanos precarizados, en minorías que sienten que su voz ha sido ignorada o incluso en segmentos tradicionalmente despolitizados que encuentran, en la narrativa del pueblo traicionado, una forma de canalizar su malestar. De ahí que el populismo desde abajo no deba analizarse únicamente como un fenómeno territorial, sino como una gramática política transversal que permite convertir experiencias personales en relatos colectivos con potencial movilizador.

La paradoja es que, cuanto más se polarizan las identidades, más difícil se vuelve el compromiso democrático. Como demuestran McConnell et al. (2018) o Iyengar y Lelkes (2022), los votantes polarizados tienden a mostrar menor disposición al diálogo, a la cooperación institucional o incluso al respeto básico por el adversario. En vez de competir en ideas, compiten en afectos. En vez de debatir, excluyen. Y es que, cuando la política se convierte en identidad, el adversario deja de ser un rival legítimo para convertirse en una amenaza existencial.

Por último, no podemos ignorar el papel de los entornos informativos, una dimensión que en el siguiente apartado será analizada desde una lógica discursiva. Hoy en día, los ciudadanos no solo se informan selectivamente, también se socializan dentro de burbujas homogéneas, donde la identidad política actúa como criterio de pertenencia. Los algoritmos, los medios partidistas y las redes sociales configuran cámaras de eco que refuerzan los sesgos, amplifican las emociones y dificultan la exposición a perspectivas distintas. Como señalan Stroud (2011) o Tucker et al. (2018), esta segmentación comunicativa alimenta la percepción de un “nosotros” frente a un “ellos”, incluso cuando no hay un conflicto tangible en juego.

Por tanto, al explorar cómo los votantes construyen su identidad política en un contexto tan polarizado como el actual, resulta imprescindible tener en cuenta estas corrientes emocionales y simbólicas. No basta con observar qué ideas defienden o qué partido prefieren, según la literatura mencionada a lo largo del apartado podemos ver que hay que atender a las formas en que se sienten parte de una comunidad, las historias que cuentan sobre sí mismos y los mapas afectivos desde los que interpretan el conflicto político. Solo así es posible entender por qué, en muchos casos, las elecciones no se viven como decisiones racionales, sino como verdaderos actos de afirmación identitaria.

En definitiva, para entender cómo se construye hoy la identidad política en Estados Unidos no basta con mirar hacia arriba, a los partidos o los medios. Hay que mirar también hacia abajo. A cómo se sienten los votantes, a qué relatos consumen y a qué emociones activan.

3. La construcción discursiva de la identidad “desde arriba”: Narrativas culturales y estrategias simbólicas en campaña

Como se ha ido argumentando a lo largo de este marco teórico, la política contemporánea en Estados Unidos no puede entenderse únicamente desde la racionalidad instrumental del voto. Como se analizaba en los apartados anteriores, las identidades políticas se configuran también desde abajo, en la experiencia vivida, en el agravio compartido y en las emociones colectivas. Sin embargo, esta construcción no opera de forma espontánea, sino que encuentra su molde y su legitimación en los discursos que emanan desde arriba, en la manera en que los líderes políticos, partidos y campañas formulan las coordenadas simbólicas de lo que significa pertenecer, resistir o identificarse.

Y es que las campañas electorales actuales han dejado de ser simples plataformas programáticas. Se han convertido en auténticas arenas culturales, donde lo que está en juego no es solo el poder, sino el relato mismo del país. Las narrativas culturales, entendidas como conjuntos de significados compartidos que moldean la percepción de la realidad política y social (Hall, 1997; Polletta, 2006), se han consolidado como recursos estratégicos para movilizar afectos, activar identidades y construir fronteras entre “nosotros” y “ellos” (Snow & Benford, 1988).

Desde esta óptica, el lenguaje político no es neutral ni accidental. Como ya propuso Lakoff (2004) en su influyente teoría de los marcos cognitivos (*frames*), el modo en que se estructura un mensaje condiciona profundamente la interpretación que los ciudadanos hacen de él. Los marcos no solo seleccionan qué información destacar, sino que dotan de sentido emocional y moral al relato. Términos como “*wokismo*”, “cultura de la cancelación” o “ideología de género” no son simples etiquetas: son marcos discursivos cargados de valor simbólico que permiten ordenar la experiencia política en torno a una narrativa afectiva de amenaza, decadencia o resistencia (Luntz, 2007; Döring y Mounk, 2021).

Como se analizaba en el apartado anterior, los discursos de carácter populista tienden a establecer una oposición binaria entre un “pueblo puro” y una “élite corrupta” (Mudde, 2004; Laclau, 2005). En este apartado, sin embargo, me centro en cómo dicha construcción se realiza “desde arriba”. Es decir, mediante estrategias de comunicación que estructuran la identidad colectiva en función de marcos discursivos deliberadamente diseñados por los partidos y candidatos. Estas estrategias se despliegan mediante lo que Iyengar y Kinder (1987) conceptualizaron como *priming* emocional, es decir, la activación selectiva de ciertos temas, valores o emociones que predisponen a los votantes a evaluar las opciones políticas desde coordenadas afectivas. La repetición constante de ciertos marcos, como la supuesta persecución de la libertad de expresión por parte de las élites progresistas, busca no

solo informar, sino generar reacciones viscerales que fortalezcan el vínculo identitario con un candidato o partido (McGraw, 2010).

Un buen ejemplo de esto es la campaña republicana de 2024, que ha retomado con fuerza la estrategia que ya había caracterizado a Donald Trump desde 2016, construyendo al adversario no como un oponente legítimo, sino como una amenaza existencial (Oliver & Rahn, 2016; Gidron & Bonikowski, 2013). Esta estrategia se manifiesta en la articulación de un relato en el que las élites urbanas, las universidades, los medios de comunicación y los gobiernos locales son presentados como agentes de una transformación forzada e ilegítima del país (Hochschild, 2016). La cultura progresista, bajo etiquetas como “*woke*” o “*radical left*”, se convierte en enemigo simbólico, permitiendo a los candidatos republicanos proyectarse como defensores de la “verdadera América”, aquella que es tradicional, autosuficiente y patriótica (Cramer, 2016).

Desde el lado demócrata, sin embargo, también se observa un uso sistemático de marcos culturales, aunque con objetivos distintos. La campaña de los demócratas y la de Kamala Harris, por ejemplo, suele apostar por una narrativa centrada en la inclusión, la justicia social y la diversidad, resignificando nociones como interseccionalidad, representación o comunidad (Crenshaw, 1989; Young, 2000; Fraser, 1997). En este caso, los marcos buscan movilizar no tanto desde el miedo como desde la promesa, utilizando la idea de una nación plural en constante evolución hacia una democracia más justa. No obstante, incluso esta narrativa puede generar polarización, en la medida en que impugna visiones tradicionales de la identidad nacional y propone una redefinición de los símbolos colectivos (Nagle, 2017).

Estas estrategias discursivas se ven potenciadas por el ecosistema mediático contemporáneo. Como señalaba Reese (2001), los marcos que dominan el entorno comunicativo tienden a configurarse en burbujas interpretativas donde la información refuerza visiones preexistentes. La lógica algorítmica de las redes sociales, la segmentación ideológica de los medios y la creciente personalización de los mensajes han dado lugar a esferas públicas fragmentadas, donde cada grupo recibe un relato distinto sobre lo que está en juego (Sunstein, 2001; Pariser, 2011).

Este marco también es funcional al populismo entendido como estrategia discursiva desde las élites. Como ya se exploraba en el apartado anterior, el populismo desde abajo actúa como un afecto colectivo emergente. Pero desde arriba, cumple una función estructuradora, con la cual se permite a los líderes construir un “pueblo” homogéneo y moralmente legítimo frente a una “élite” corrupta o ajena (Moffitt, 2016). Según Crulli (2023), esta lógica es especialmente eficaz cuando se adapta al contexto territorial, reformulando clivajes culturales preexistentes, como la tensión rural-urbano, en clave moral.

La oposición entre lo urbano y lo rural funciona aquí como una metáfora cultural. Como han señalado Mettler y Brown (2022) o Gimpel et al. (2024), no se trata sólo de diferencias de localización, sino de imaginar dos modelos distintos de

nación. El discurso conservador presenta las zonas rurales como guardianas de los valores tradicionales, víctimas de una modernización ajena a sus intereses. Las ciudades, por el contrario, son retratadas como centros de experimentación social, multiculturalismo forzado y desconexión con el ciudadano común (Skocpol y Williamson, 2011).

Y la verdad es que la dimensión performativa de estos discursos no puede subestimarse. Como plantea Scolari (2013), el lenguaje no solo representa el mundo, sino que también lo construye. Los líderes políticos no describen una realidad dada, sino que la producen mediante relatos, gestos y símbolos que apelan a emociones profundas (Alexander, 2010). En este sentido, la campaña es una puesta en escena identitaria, donde cada factor comunica una visión del país y del lugar que ocupa el votante en él. La política se vuelve así un arte de la narración, y el político, un narrador capaz de organizar el relato en un emocionalmente coherente.

Esta dimensión estética del discurso, cada vez más estudiada en la teoría política contemporánea (Lorusso, 2018; Gumbrecht, 2004), también cumple una función movilizadora. El color, la música, el tono, el tipo de lenguaje y la elección de símbolos se convierten en parte del mensaje, reforzando la identidad de quienes lo emiten y facilitando la identificación de quienes lo reciben. Las campañas ya no compiten sólo por la atención, también compiten por el relato.

Por tanto, analizar los discursos políticos desde arriba implica atender no solo a lo que se dice, sino a cómo se dice, desde dónde se dice y con qué intención simbólica. Las campañas de 2024 no solo reflejan una polarización preexistente, como apuntábamos anteriormente, sino que contribuyen activamente a consolidarla mediante relatos que dibujan un país dividido entre dos visiones culturales, dos formas de entender el pasado y dos promesas de futuro. En este contexto, el relato se convierte en el verdadero campo de batalla: una lucha por definir quiénes somos, qué valores importan y qué tipo de nación merece ser defendida.

Como conclusión, puede hablarse casi con seguridad de que la construcción de identidades políticas desde arriba no es un proceso unilateral ni meramente propagandístico. Es una dinámica compleja en la que los discursos electorales dialogan con emociones colectivas, memorias culturales y experiencias de vida. Al estudiar estas narrativas, no sólo se revelan estrategias de comunicación, sino formas profundas de ordenar el conflicto político en términos simbólicos.

III. DISEÑO METODOLÓGICO

Este trabajo se inscribe dentro de un enfoque metodológico con predominancia cualitativa, cuyo objetivo es analizar cómo los principales candidatos presidenciales en las elecciones de Estados Unidos de 2024 construyen, reformulan o refuerzan narrativas identitarias vinculadas al territorio, a través de discursos que difieren según el público al que se dirigen. En lugar de intentar establecer una relación causal entre discurso y comportamiento electoral, cuestión que excede los límites de este trabajo y requeriría herramientas empíricas como encuestas o grupos de discusión,

este estudio se centra en el análisis de los marcos discursivos (*framing*) y mecanismos de activación emocional (*priming*) presentes en una selección representativa de piezas discursivas. Se busca observar si existen patrones diferenciados según el perfil territorial de la audiencia y si hay cambios significativos respecto a la campaña anterior de 2020.

Este enfoque metodológico parte de una premisa ya ampliamente desarrollada en la literatura la cual dice que los discursos no solo describen la realidad, sino que la construyen simbólicamente, operando como instrumentos de producción cultural, emocional y política (Fairclough, 1995; Lakoff, 2004; Scolari, 2013). Desde esta perspectiva, se considera que el discurso político adquiere fuerza no por lo que dice en abstracto, sino por cómo moviliza significados compartidos, estructuras cognitivas e imaginarios colectivos. Esta operación es particularmente visible en campañas electorales, donde cada palabra y cada recurso busca activar identificaciones específicas en audiencias fragmentadas (Alexander, 2010).

En consecuencia, la metodología adoptada se estructura en cuatro fases: (1) selección y delimitación del corpus de análisis; (2) análisis cualitativo de *framing* y *priming*; (3) contextualización comparada entre los ciclos electorales de 2020 y 2024; y (4) triangulación interpretativa de los resultados.

1. Selección y delimitación del corpus de análisis

El corpus discursivo está integrado por piezas claves de comunicación política producidas por los dos principales candidatos en las elecciones de 2024, Donald Trump (Partido Republicano) y Kamala Harris (Partido Demócrata) y por los dos candidatos de 2020, Donald Trump y Joe Biden. Se han seleccionado discursos orales pronunciados en ámbitos urbanos, suburbanos y rurales, con el fin de captar cómo varía el relato según el entorno y el público al que se interpela. A estas piezas principales se suman dos spots audiovisuales y una selección de publicaciones en redes sociales por cada candidato.

La selección del corpus se ha guiado por criterios de relevancia temática, representatividad ideológica y diversidad territorial. Se han priorizado materiales que aborden de forma explícita o implícita cuestiones que den pie a un posible análisis de identidad territorial, valores culturales, arraigo simbólico y/o tensiones entre lo urbano y lo rural.

En total, se analizarán:

- 12 discursos completos (3 por candidato en cada campaña) en eventos clave, distribuidos en espacios urbanos, rurales y mixtos respectivamente. En el caso de 2024, Harris en Chicago, Farmington Hills y Filadelfia, y Trump en Long Island. Mosinee y Reading. En el caso de 2020, Biden en Wilmington, Warm Springs y Cleveland, y Trump en Washington D.C., Tulsa y Circleville.
- 2 spots audiovisuales en la campaña de 2024, difundidos en medios tradicionales y plataformas digitales. En el caso de Harris los spots

“Brighter Future” y *“America”*, y, en el caso de Trump, *“A vision for a better America”* y *“Our forgotten cities”*.

- 10 publicaciones en redes sociales (X, Instagram y Truth Social) por cada figura política en 2024, seleccionadas por su carga simbólica y su valor narrativo.

Este enfoque multimodal responde a la necesidad de abordar el discurso político en su complejidad actual, donde las fronteras entre lo textual, lo visual y lo performativo están cada vez más difusas (Chadwick, 2017). La idea no es solo lo que se dice, sino cómo, dónde y con qué intención.

2. Análisis cualitativo: estrategias de framing y priming

Para el análisis cualitativo se utilizará una combinación de técnicas basadas en dos enfoques ampliamente consolidados: el *framing* y el *priming*. El *framing*, siguiendo la definición clásica de Entman (1993), permite identificar cómo los actores políticos seleccionan ciertos aspectos de la realidad y los hacen más salientes en su discurso, proponiendo una interpretación concreta del problema, un diagnóstico de sus causas, una evaluación moral y una solución.

Para ello, se construirá una matriz de codificación que combine marcos genéricos (conflicto, moralidad, eficacia, responsabilidad) con marcos específicos identificados en la literatura sobre cultura política estadounidense, como populismo, elitismo, amenaza cultural, nostalgia nacional, orgullo territorial, etc. (Van Gorp, 2007; Reese, 2001; Cramer, 2016). Esta matriz se aplicará de forma manual sobre los textos, permitiendo comparar cómo cada candidato construye la identidad del "nosotros" y la figura del "otro" en función del lugar, la audiencia y el momento de campaña.

En paralelo, el *priming* permite observar cómo ciertos términos, imágenes o apelaciones emocionales se reiteran para activar respuestas afectivas específicas. Esta técnica, originalmente formulada por Iyengar y Kinder (1987), ha sido aplicada al análisis de campañas para explorar cómo la exposición selectiva a ciertos marcos condiciona la manera en que los ciudadanos valoran candidatos, temas o instituciones. En este trabajo, se analizará la frecuencia, ubicación y carga emocional de ciertas expresiones (por ejemplo "trabajador rural", "ciudadanos olvidados", "sueño americano", "imposiciones ideológicas"), así como la presencia de emociones como el orgullo, la nostalgia, el miedo o la indignación.

Además, se prestará especial atención al uso de recursos visuales en spots y publicaciones, en línea con los aportes de autores como Crulli (2023) o Scolari (2013), que destacan la capacidad del lenguaje audiovisual para reforzar marcos ideológicos y generar identificación simbólica. Por ejemplo, se analizará cómo la estética visual de ciertos spots proyecta una idea de "América real" frente a una "América corrupta" o fragmentada, y cómo estas imágenes se articulan con los discursos verbales.

3. Comparación entre ciclos: 2020 vs 2024

Una de las fortalezas de este diseño metodológico es la posibilidad de realizar un análisis comparativo entre dos momentos electorales distintos, lo que permite observar la evolución de las narrativas culturales y su nivel de polarización.

Se ha decidido optar por seleccionar tres discursos por candidato en cada ciclo electoral (2020 y 2024), priorizando criterios de representatividad temática, diversidad territorial (urbano/rural) y momentos estratégicos de campaña. Se han priorizado así discursos que, por su contenido y contexto, resultan representativos desde el punto de vista temático, abarcando distintos perfiles territoriales, ya sea en espacios urbanos, rurales o intermedios, y que se sitúan en momentos clave de la campaña. Así, esta selección permite realizar una comparación longitudinal sólida y abordable, que no solo conecta los dos ciclos electorales, sino que también deja ver con más claridad cómo evolucionan los marcos culturales y populistas, y como estos se reformulan según el tipo de audiencia al que se dirigen, objetivo principal de este trabajo,

Este análisis longitudinal permitirá responder preguntas clave cómo (1) ¿Se ha intensificado la oposición rural/urbano en el plano discursivo? (2) ¿Han cambiado los marcos utilizados por los candidatos para definir a "su América" y al "enemigo cultural"? (3) ¿El tono populista ha aumentado o se ha transformado? Además, esta comparación permitirá distinguir entre patrones discursivos coyunturales y tendencias estructurales, aportando una mayor profundidad interpretativa.

4. Triangulación interpretativa y justificación crítica

Finalmente, los hallazgos obtenidos mediante el análisis cualitativo serán triangulados con datos secundarios procedentes de estudios previos, encuestas públicas y reportes electorales, no con el fin de establecer relaciones causales, sino para contextualizar los discursos y comprender su resonancia simbólica en determinados segmentos sociales. Como advierten Creswell y Plano Clark (2018), los enfoques mixtos permiten integrar dimensiones complementarias de un mismo fenómeno, enriqueciendo la validez interpretativa del estudio.

Se reconoce, sin embargo, que el análisis cualitativo implica un grado de subjetividad inherente. Esta limitación se aborda mediante la aplicación sistemática de categorías, el uso de matrices comparativas y una actitud reflexiva permanente. Así mismo, se asume que el discurso político no puede ser entendido aisladamente de sus condiciones de producción, circulación y recepción, por lo que el análisis adoptado busca siempre conectar lo textual con lo contextual.

En conclusión, este diseño metodológico no solo permite responder a los objetivos específicos del estudio, sino que también aspira a ofrecer una mirada crítica, rigurosa y emocionalmente atenta a los modos en que la política contemporánea construye, fragmenta o reconfigura nuestras formas de pertenencia. Porque, como recordaba Stuart Hall (1996), la lucha por el sentido es, al final, también una lucha por el poder.

IV. ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE LOS RESULTADOS

Después de haber marcado en el apartado anterior el enfoque metodológico, las herramientas empleadas y los criterios que guiaron la selección del corpus de análisis, este apartado se centra en el principal núcleo interpretativo del trabajo. Aquí es donde nos adentramos en el análisis en profundidad de los discursos, los spots audiovisuales y las publicaciones en redes sociales que dieron forma a las campañas presidenciales de Kamala Harris y Donald Trump en 2024, así como su comparación con los materiales del ciclo electoral previo de 2020. Si el marco metodológico había marcado el mapa, este apartado se mete de lleno en él.

La lógica que estructura esta sección combina lo inductivo con lo interpretativo. Es decir, partimos de la codificación sistemática de los materiales, pero avanzamos hacia una lectura más abierta y significativa que permite dialogar directamente con las hipótesis de partida y contrastarla en base a los resultados obtenidos. El objetivo no es exponer de forma exhaustiva cada fragmento analizado, si no construir un relato analítico que articule los principales resultados en torno a los procesos discursivos más significativos.

El capítulo se divide en tres subapartados. En primer lugar, abordaré las campañas de Donald Trump, centrándome en el fortalecimiento del antagonismo populista, la estética del agravio y la construcción simbólica de una identidad territorial excluyente. A continuación, analizaré las campañas demócratas, prestando especial atención a la apelación emocional integradora, la descentralización simbólica del “nosotros” y la reapropiación inclusiva del imaginario patriótico. Por último, el tercer bloque lo he dedicado a comparar ambos marcos discursivos, subrayando los puntos de conflicto, las continuidades y las mutaciones con respecto al ciclo electoral anterior. Esta estructura permite no solo observar qué discursos se activan, sino también cómo se territorializan, qué emociones movilizan y qué modelos de ciudadanía construyen.

Así, el análisis, más allá de confirmar o tensionar las hipótesis iniciales, aspira a comprender las narrativas culturales y políticas que marcaron la confrontación electoral de 2024 en Estados Unidos.

1. Campaña de Donald Trump en 2024: Antagonismo, identidad rural y populismo estético

1.1. Intensificación del populismo antagonista y territorialización del conflicto político

Aunque el populismo ha sido una constante en la retórica de Donald Trump desde su irrupción en el escenario político nacional en 2015, los discursos, spots y publicaciones analizados en este ciclo de 2024 revelan algo más que una simple continuidad. Lo que se observa es una versión más emocional, territorializada y performativa de ese estilo comunicativo, que se ha adaptado con notable precisión al clima cultural y político del país. Y es que, como ya anticipaba en el marco teórico, el

populismo no es solo una ideología, sino que es una forma de articular lo político desde la emoción y la construcción de identidades enfrentadas.

En ese sentido, el análisis realizado muestra cómo el antagonismo, pilar central del populismo, se ha intensificado y refinado en esta campaña, no solo en términos de contenido, también lo ha hecho en su ejecución estética y emocional. Lejos de limitarse a denunciar a las élites en abstracto, Trump territorializa ese antagonismo, lo ancla en geografías concretas y en símbolos culturales con una carga identitaria muy potente. El resultado es una estrategia discursiva que combina el *framing* del conflicto con *priming* emocional de alta intensidad, buscando no solo convencer, sino activar y movilizar.

Esto se percibe con claridad en el mitin celebrado en Mosinee, Wisconsin (7 de septiembre de 2024), donde la dicotomía pueblo/élite se reconfigura en términos espaciales. Trump afirma que *“the great American middle class is being decimated”* y denuncia como *“they shut down Main Street while bailing out Wall Street”*. Estas frases proyectan una narrativa de abandono, pero también de agravio territorial, en este sentido las pequeñas comunidades rurales son representadas como las víctimas morales de un sistema que privilegia a las grandes urbes. Aquí, el discurso adopta el patrón clásico del populismo territorializado descrito por Bonikowski y Gidron (2016), en el cual no solo construye un “nosotros” oprimido, sino que lo sitúa físicamente/geográficamente, en un territorio concreto. El campo deja de ser un simple escenario, convirtiéndose en sujeto político, portador de valores auténticos que contrastan con la supuesta decadencia urbana.

Este patrón discursivo se intensifica en el mitin de Long Island (27 de octubre de 2024), donde el tono se vuelve más dramático incluso casi apocalíptico. Trump denuncia que *“they want to tear down everything we love about this country”* y que *“under Biden, our cities are being overrun and our values destroyed”*. Así, no se trata solo de un diagnóstico político, sino que es una interpelación emocional directa, la cual busca activar un estado de alarma permanente en el votante. Aquí se despliega con claridad la técnica del *priming* afectivo que ya señalaba en el marco metodológico y se introducen estímulos que predisponen a la audiencia a interpretar el mundo de forma hostil y al borde del colapso en línea con lo que Iyengar y Kinder (1987) identificaron como efectos de *priming* emocional en la cobertura política. Un ejemplo particularmente ilustrativo sobre cómo una frase puede funcionar como marco de polarización territorial es cuando afirma que *“our suburbs are no longer safe”*. Esta frase actúa como un marco de polarización territorial donde el campo aparece como último bastión frente al desorden urbano.

A esto se suman marcos culturales muy simbólicos. En ese mismo mitin, Trump acusa a los demócratas de querer *“rewrite our history and cancel our heroes”*, afirmando que *“they hate what America stands for”*. Es una frase que condensa múltiples elementos, entrelazando los *frames* de pérdida identitaria, amenaza cultural y exclusión moral, que activan una narrativa de urgencia con un fuerte potencial movilizador, sobre todo entre sectores conservadores suburbanos y rurales.

Este tipo de enunciados también remiten a lo que Taggart (2000) denomina “*heartland*,” esa visión idealizada del pasado nacional que, al ser “amenazada”, justifica la movilización populista. La estrategia aquí no es únicamente denunciar, sino dibujar una comunidad sitiada, empujada contra las cuerdas por una élite que no solo es corrupta, sino ajena a los valores fundamentales del país. Como señala Moffitt (2016), uno de los rasgos clave del populismo contemporáneo es precisamente su capacidad de estetizar el conflicto ya que no se limita a describirlo y lo convierte en espectáculo emocional.

El spot audiovisual “*Our Forgotten Cities*” de 2024 refuerza este planteamiento desde lo visual. A través de una sucesión de imágenes de calles vacías, negocios cerrados, testimonios de ciudadanos y escenas de violencia urbana, se construye una narrativa de abandono sistemático. Con frases como “*They abandoned our cities. They abandoned you.*”, el discurso se vuelve performativo y el espectador deja de ser un observador pasivo para convertirse en protagonista de una afrenta. Este tipo de construcción no solo apela al agravio, sino que otorga agencia al votante, asignándole un rol activo, casi heroico. Como mencioné en el marco teórico a partir de Laclau (2005), la clave del populismo no reside en sus propuestas, sino en su capacidad de construir un “nosotros” con fuerza emocional y política frente a un “ellos” claramente definido. En este spot el “pueblo” no es solo una víctima, se le llama a reaccionar y a vengarse de forma simbólica en las urnas. Este giro performativo del populismo también coincide con lo que Bonikowski llama la “verticalización de la responsabilidad”, donde el daño no es difuso sino deliberadamente causado por los poderosos que abandonaron deliberadamente las comunidades del país.

En redes sociales este enfoque se traslada con un tono más directo y acusatorio. Algunas de las más significativas refuerzan de forma explícita el antagonismo entre pueblo y élite, introduciendo además elementos territoriales clave. En octubre de 2024, Trump publica esto: “*No longer will we tolerate these Serial Offenders who spread filth, bloodshed, and mayhem on our streets*”, prometiendo reabrir Alcatraz para los criminales más violentos. La frase proyecta un marco punitivo hiperbólico que criminaliza el espacio urbano, intensificando la dicotomía entre el desorden de las ciudades y un ideal de orden moral rural. En esa misma línea, califica a los seguidores de Biden como “*election-interfering thugs*” que “nunca serán perdonados”, construyendo una figura del enemigo interno criminalizado, no como adversario político sino como saboteador moral. Estas publicaciones, en conjunto, operan como microactos performativos que territorializan la confrontación simbólica y activan un priming emocional basado en el miedo y la necesidad de restitución, en línea con lo descrito por Moffitt (2016) o Iyengar y Kinder (1987).

Si comparamos estos resultados con lo planteado en la literatura especializada, el populismo de Trump en 2024 no solo encaja en los modelos clásicos, como el de Müller, que describe el populismo como una lógica binaria basada en la superioridad moral del pueblo frente a una élite corrupta, sino que lo que se observa en esta campaña, y especialmente en el caso de Trump, es una sofisticación de la retórica populista, que incorpora recursos estéticos y emocionales para maximizar su

impacto. Se trata, en definitiva, de un populismo mediatizado, profundamente adaptado a las condiciones de la comunicación política contemporánea como advertían autores como Moffitt (2016) o Taggart (2000).

En contraste, como veremos más adelante en el apartado 4.2, la campaña de Kamala Harris opta por un enfoque casi opuesto, caracterizado por un discurso que también interpela, pero más desde la esperanza, la inclusión y la construcción de una ciudadanía diversa. Mientras Trump configura a su base como una comunidad herida que necesita defenderse, Harris propone una comunidad que se construye desde la acción colectiva y la empatía. El “nosotros” sigue presente en ambos casos, pero su tono, su función y su estética son radicalmente distintas.

En resumen, los materiales analizados permiten afirmar que el populismo de Donald Trump en 2024 no solo persiste, sino que se intensifica, se territorializa y se perfecciona retóricamente. A través de discursos que enmarcan el conflicto como una guerra moral y emocional, y mediante el uso de recursos que operan tanto en lo racional como en lo visceral, su campaña reafirma una identidad colectiva basada en la amenaza y la reivindicación simbólica de un “pueblo auténtico”. Un estilo discursivo que, lejos de desgastarse, demuestra una gran capacidad de adaptación al clima polarizado y emocional que define hoy la política estadounidense.

1.2. Ruralización del “pueblo auténtico” y estetización de la nostalgia territorial

Si el subapartado anterior mostraba cómo el populismo de Trump se intensificaba y territorializaba a través del antagonismo explícito, este apartado se detiene en una dimensión más simbólica pero igual de eficaz, la construcción nostálgica del campo como encarnación moral del “pueblo auténtico”. En este caso no se trata solo de situar al votante rural como víctima, sino de elevarlo a arquetipo, a una figura que no solo ha sido marginada, sino que representa, según el discurso trumpista, la esencia misma de Estados Unidos. Esta estrategia, que mezcla emocionalidad con mitología territorial, activa una narrativa de agravio identitario profundamente anclada en el espacio.

La ruralización discursiva opera aquí en dos niveles. Por un lado, en el contenido verbal, es decir, frases, slogans y estructuras que exaltan la vida en los pequeños pueblos como sinónimo de valores tradicionales, esfuerzo honesto y comunidad cohesionada. Por otro lado, en el plano visual y estético como paisajes bucólicos, tiendas locales, banderas ondeando al viento, iglesias locales o puestas de sol sobre campos de maíz. Esta estetización funciona como un anclaje emocional, generando una atmósfera que combina nostalgia, orgullo y pérdida.

Un ejemplo especialmente significativo aparece en el spot de 2024 “*A Vision for a Better America*”, difundido en plataformas conservadoras en la recta final de la campaña. En él, se intercalan imágenes del ejército, símbolos patrióticos como la bandera estadounidense, y escenas de caos, desde el intento de asesinato en un mitin hasta personas quemando la bandera. La narración contrapone el ocaso de la

grandeza nacional con la promesa de recuperación moral y política. “*We had a great country. We can have it again.*”

Aquí, el *framing* visual es clave: los planos amplios, la música solemne y el ritmo cinematográfico configuran un relato épico donde el votante es llamado a restaurar el orden perdido. La construcción simbólica del campo, la bandera y el ejército como núcleos de identidad se opone a un urbanismo decadente y caótico. No hay una explicación directa, pero el mensaje se interioriza por vía emocional, en este sentido el campo es lo que merece ser protegido, las élites son lo que lo ha puesto en peligro. Como ya señalaba en el marco metodológico, se trata de una técnica clara de *priming* afectivo donde no se persuade mediante razones, sino generando una predisposición emocional a partir de imágenes intensamente cargadas.

Esta misma oposición simbólica entre lo rural idealizado y lo urbano amenazante aparece en el mitin de Mosinee, Wisconsin, donde Trump declara que “*Your values, your farms, your churches, that’s America, not their broken cities.*” Aquí, la América rural no solo es depositaria de los valores auténticos, sino la víctima de una agresión cultural por parte de las élites urbanas. Ese marco de agravio se refuerza con otras frases del mismo discurso como “*Washington forgot about you*”, “*you’re the backbone of this country*”, o “*When I was a kid, America was strong. Now we’re laughed at.*”

Esta nostalgia por una América supuestamente desaparecida no solo estructura los discursos, sino que se proyecta también en redes sociales. En una publicación de diciembre de 2024, Trump afirma que “*Our Country is a disaster, a laughing stock all over the World!*” El marco aquí es el de humillación nacional, una herida simbólica que sólo puede cerrarse mediante la recuperación del orgullo perdido. El sujeto colectivo (“our country”) se construye como víctima, pero también como portador de una dignidad restaurable si se retoma el control político.

La estetización de la nostalgia, en este caso, no es un recurso menor. Funciona como cemento emocional de la identidad colectiva. Como señala Moffitt (2016), uno de los rasgos del populismo contemporáneo es precisamente su capacidad para construir espectáculo, no solo discursos, sino atmósferas. Y en este spot, como en las publicaciones que lo acompañan, el campo no es solo un lugar físico. Es una utopía perdida. Un símbolo que se activa como promesa y como duelo.

Además, esta estrategia se articula con lo que Andrés (2020) denomina estética populista del arraigo, la idealización de un pasado rural, más cohesionado y auténtico, frente a un presente urbano percibido como decadente. Así, los discursos que exaltan los pueblos no apelan solo al presente, sino a una recuperación simbólica. Lo que se promete no es solo política, es reparación emocional.

Este mismo patrón discursivo aparece en el mitin de Reading, Pensilvania (4 de noviembre de 2024) donde Trump afirma que “*You built this country, I have to tell you. You’re going to save this country too*” y “*We will teach our children to love our country, to honor our history, and to always respect our great American flag.*” En este

caso, la América rural se presenta como la base moral del país y al mismo tiempo como su salvación futura. El votante tradicional no solo representa el pasado fundacional, sino también la esperanza de recuperación. El discurso deja de centrarse en propuestas concretas para reforzar una identidad patriótica que combina responsabilidad y memoria.

En definitiva, el análisis de estos materiales revela que la campaña de Trump en 2024 no solo recurre al campo como decorado, sino que lo eleva al núcleo moral del relato político. La ruralización del “pueblo auténtico” no es una simple categoría geográfica, sino que es una operación discursiva profundamente emocional que aspira a construir sentido y movilizar afectos en un país fragmentado. Frente a una supuesta amenaza urbana, se proyecta un ideal rural que, aunque no necesariamente real, funciona con una enorme eficacia simbólica. Y esa eficacia, como vemos en los materiales analizados, reside tanto en lo que se dice como en lo que se muestra, se siente y se recuerda.

1.3. *Continuidades y mutaciones discursivas respecto a 2020*

Comparar los discursos de Donald Trump entre las campañas de 2020 y 2024 no es solo un ejercicio retrospectivo, sino una clave interpretativa para entender cómo ha evolucionado, y en varios aspectos, se ha radicalizado, su estilo populista en un contexto aún más polarizado. La retórica del “pueblo traicionado” y la élite corrupta ya estaba presente en el ciclo anterior, pero lo que se observa en esta nueva campaña es una transformación tanto en el tono como en la estética del discurso, con un énfasis aún mayor en lo territorial.

En los discursos de 2020, como el mitin de Tulsa (20 de junio), el de Circleville (24 de octubre) o la Convención Republicana en la Casa Blanca (27 de agosto), el marco populista se expresaba con claridad, caracterizándose por la presentación de un pueblo moralmente virtuoso, olvidado por un sistema manipulado por élites lejanas. Sin embargo, el enemigo seguía siendo más abstracto, por ejemplo, el socialismo, los medios de comunicación o los demócratas, y, además, el territorio no aparecía como eje estructurador del conflicto. Aunque se mencionaban ciudades concretas, como Chicago o Nueva York, la oposición rural/urbano estaba todavía insinuada, no plenamente articulada. El “nosotros” era genérico, sin una geografía emocional definida, y la narrativa operaba sobre la base de un agravio ideológico más que territorial.

Esta ambigüedad es evidente en frases como “*Their families were left in disarray. It was a terrible thing.*” (Circleville), que apelan a un sentimiento de abandono sistémico, pero sin concretar el lugar simbólico desde el que se habla. El tono ya era combativo, incluso binario, como en la advertencia de la Convención Republicana, “*This election will decide whether we save the American Dream, or whether we allow a socialist agenda to demolish our cherished destiny*”. Sin embargo, esa amenaza seguía anclada en lo ideológico, no en lo espacial o emocionalmente encarnado.

En 2024, en cambio, el discurso se vuelve más explícito, emocional y, sobre todo, territorializado. En el mitin de Mosinee (entorno rural), Trump dice que *"I flew over, and I said, 'That's a lot of people down there.' You know what they'll say today or tomorrow when they write? 'Donald Trump spoke today at Wisconsin before a small crowd of people, a small gathering, a small gathering of people.'"*, y acusa a las élites de "reírse de vosotros en sus cócteles" mientras "se roban el país desde dentro". El pueblo deja de ser una abstracción y ahora tiene rostro rural y enemigos perfectamente identificables. En Long Island (urbano), el tono se vuelve aún más agresivo, *"They hate your values. They hate your voice. They hate your vote"*, vinculando directamente la ciudad con el crimen y la traición cultural. En Reading (surburnabo), el giro es más resignado y nostálgico, como decía en apartados anteriores. La narrativa abandona toda promesa de prosperidad futura para centrarse en la restauración de una dignidad perdida.

La diferencia ya no es solo de tono, sino también de estrategia comunicativa. En 2020, el populismo se movilizaba en torno a un agravio ideológico; en 2024, ese agravio se dramatiza. Como se ha analizado en apartados anteriores, los spots *"Our Forgotten Cities"* y *"A Vision for a Better America"* encarnan esta transformación al convertir el discurso escenificándole en fábricas vacías, ciudades arruinadas, ataques simbólicos a la bandera, y promesas de redención colectiva. El conflicto ya no se describe, ahora se muestra. La política se convierte así en un duelo emocional y una batalla estética por la identidad nacional.

Lo que persiste es el núcleo binario del discurso trumpista, en el que un pueblo moralmente superior se enfrenta a una élite corrupta. Se mantienen las frases simplificadas, el lenguaje informal pero cargado de dramatismo (*"They hate you, not me"*, *"our country is being stolen from within"*), y la apelación directa al votante como héroe. Sin embargo, lo que se intensifica es la dimensión emocional, la densidad simbólica y la precisión territorial del conflicto. Frente al populismo de ideas del 2020, en 2024 asistimos a un populismo más performativo, cuya función no es tanto convencer como activar afectos.

Desde una perspectiva académica, esta evolución se alinea con lo señalado por autores como Taggart (2000) y Hawkins (2010) sobre la plasticidad del populismo y su dependencia de marcos emocionales fácilmente reconocibles. Más aún, como advierten Jagers y Walgrave (2007), la campaña de Trump en 2024 puede leerse como el paso de un populismo que interpela cognitivamente a uno que moviliza emocionalmente. En lugar de explicar el conflicto, lo dramatiza, y en lugar de presentar argumentos, escenifica agravios.

En conclusión, la comparación con 2020 no solo confirma la hipótesis principal del trabajo, sino que la matiza y la profundiza. Trump sigue apelando al "pueblo olvidado", pero ahora ese pueblo tiene un espacio simbólico, unos agravios visuales y unos enemigos cotidianos mucho más definidos. La élite que antes era corrupta ahora es cínica. El campo que antes era moral ahora es una víctima. Y el territorio que antes era algo más de fondo pasa a ser el escenario principal del conflicto político.

2. Campaña de Kamala Harris en 2024: Ciudadanía inclusiva, emoción esperanzada y descentralización discursiva

2.1. Reivindicación de una identidad cívica inclusiva desde la diversidad territorial

La campaña de Kamala Harris en 2024 propone una narrativa profundamente distinta a la de Trump. Frente a la retórica belicista y antagonista que domina la campaña republicana, su estrategia comunicativa articula una narrativa inclusiva y anclada en una ética de lo colectivo. Los discursos en Chicago (15 de agosto de 2024), Farmington Hills (19 de septiembre de 2024) y Filadelfia (4 de noviembre de 2024) componen un hilo coherente que reivindica una ciudadanía activa y plural, en la que la identidad política no se construye desde la exclusión moral, sino desde el reconocimiento de la diversidad compartida, más allá de actuar con un fin territorial, cada escenario con una función distinta en la construcción simbólica de su campaña.

En Chicago (entorno urbano), durante su discurso de aceptación como candidata demócrata, Harris declaró con firmeza que *“We are the heirs to the greatest democracy, in the history of the world. And on behalf of our children and grandchildren and all those who sacrificed so dearly for our freedom and liberty, we must be worthy of this moment.”* Esta apelación, lejos de ser meramente simbólica, activa un marco de pertenencia histórica que conecta la identidad nacional con la lucha colectiva. El “nosotros” no se define por la pureza ni por la autenticidad de origen, sino por el compromiso cívico y la perseverancia. Como se aprecia también en Farmington Hills (entorno rural), donde señala que *“every vote is a voice, and every voice matters”*, el sujeto político que interpela Harris es amplio y deliberadamente diverso. No hay un pueblo específico como en el caso de Trump.

Esta construcción del “nosotros” tiene una dimensión emocional clara, pero en su mayoría orientada hacia la esperanza. Mientras que Trump moviliza afectos negativos como el resentimiento o el rechazo, Harris apuesta por un *priming* emocional más positivo. La esperanza que evoca no es ingenua, sino intencionadamente combativa. En Filadelfia (entorno suburban), al declarar que *“And tonight, then we finish as we started, with optimism, with energy, with joy, knowing, knowing that we, the people, have the power to shape our future and that we can confront any challenge we face when we do it together. Generations of Americans before us led the fight for freedom. And now, the baton is in our hands.”*, no solo invoca una emoción positiva, sino que la vincula directamente con la acción compartida. La emocionalidad de su discurso no es catártica, sino activadora: se trata de sentir para actuar, de emocionarse para comprometerse.

Además, esta emocionalidad va acompañada de una geografía discursiva descentralizada pero significativa. En Chicago, Harris visibiliza a trabajadores, madres, intelectuales y pequeños negocios. En Farmington Hills, menciona explícitamente a quienes “esperan en líneas largas para votar”, anclando el proceso democrático en espacios rurales concretos, donde el voto tiene tanto peso simbólico como político. Y en Filadelfia, ciudad históricamente cargada de simbolismo constitucional, esa referencia se refuerza al mencionar que *“it's good to be back in*

the City of Brotherly Love, where the foundation of our democracy was forged; and here, at these famous steps, a tribute to those who start as the underdog and climb to victory.” De esta forma, el discurso no solo construye comunidad, va más allá y también ubica esa comunidad en territorios con significado histórico y democrático.

Lo interesante es que, a diferencia de Trump, cuya territorialización tiende a la polarización simbólica entre campo y ciudad, Harris apuesta por un discurso más integrador, aunque igualmente localizado. El territorio aparece, sí, pero no como frontera entre los “buenos” y los “malos”, sino como lugar donde se ejerce la democracia. Así, mientras el ruralismo de Trump se presenta como reserva moral frente a la decadencia urbana, la geografía discursiva de Harris evita dicotomías y privilegia marcos de acción cívica. El espacio no se representa como identidad, sino como escenario compartido de derechos y responsabilidades.

En términos de estética discursiva, esta diferencia se traduce también en el tono. Harris emplea frases cuidadosamente medidas, con un ritmo pausado y un léxico que combina lo institucional con lo emocional. No hay hipérbolos ni exclamaciones dramáticas, pero sí hay énfasis emocional, especialmente cuando menciona *“the power of unity”, “the dignity of work”* o *“the courage to care”*. Es una emocionalidad menos escénica que la de Trump, pero no menos intencionada. De hecho, como muestra el análisis del corpus, esta emocionalidad serena y colectiva es una constante en sus intervenciones, reforzada por un lenguaje visual y simbólico coherente con la idea de democracia participativa.

La campaña de Harris no niega el conflicto, pero lo redefine, desde esta visión no se trata de una guerra cultural ni una batalla moral, sino desde una disputa sobre el tipo de democracia que se quiere defender. En este sentido, el “nosotros” que construye es inclusivo, sí, pero también exigente, hay que estar dispuesto a participar y a construir juntos. Como ella misma señala en Milwaukee, *“together, let us write the next great chapter in the most extraordinary story ever told.”*

Por tanto, los resultados aquí analizados no solo confirman la idea de que existen dos estrategias discursivas radicalmente distintas. También muestran que es posible territorializar el discurso sin caer en el antagonismo simbólico. Harris no ignora el territorio, lo resignifica. Y no excluye al “otro”, sino que lo interpela. Esta diferencia, aunque sutil en algunos momentos, es fundamental para comprender cómo se configura una alternativa al populismo emocional y excluyente que domina otros discursos de campaña.

2.2. *Contra narrativa al miedo: Defensa institucional y la política como cuidado*

De la misma forma en la que en el apartado anterior me centré en cómo Harris construye un “nosotros” plural e inclusivo, este segundo apartado se centra en otra dimensión fundamental de su campaña, concretamente en la defensa de un orden democrático legal y empático frente al ruido emocional que define la retórica de Trump. Si el discurso de Trump transforma la política en una batalla emocional

total, el de Harris responde con una contranarrativa basada en la confianza institucional y el lenguaje del cuidado.

En sus discursos más destacados analizados, Harris no evita hablar del miedo o de las amenazas, pero lo hace desde una posición que podríamos llamar tranquilizadora sin ser conformista. Por ejemplo, en Chicago, afirmaba que *“I know there are people of various political views watching tonight and I want you to know: I promise to be a President for all Americans. You can always trust me to put country above party and self. To hold sacred America's fundamental principles. From the rule of law. To free and fair elections.”* La frase no solo refuerza el marco de vigilancia y protección inclusiva, sino que se inscribe en una emocionalidad de firmeza maternal, que se distancia del tono belicista de Trump. En lugar de agitar el conflicto, Harris propone contenerlo desde el respeto a la legalidad democrática y la acción institucional.

Este patrón también aparece en las referencias constantes a la Constitución, al Congreso, y a la necesidad de proteger la independencia judicial. En Filadelfia, subraya que *“We love our country. And when you love something, you fight for it. And I do believe it is one of the highest forms of patriotism, of our expression of our love for our country to then fight for its ideals and to fight to realize the promise of America.”* Esta frase condensa con claridad una visión casi pedagógica de la política, en la que la ciudadanía no es una identidad emocionalmente exaltada sino una responsabilidad colectiva. A diferencia del pueblo traicionado de Trump, el sujeto político de Harris es un ciudadano comprometido que cuida.

En línea con el enfoque discursivo que analiza Harris, sus spots y redes sociales refuerzan una narrativa emocional centrada en el cuidado y el civismo. En el spot *“Brighter Future”*, la apuesta de Kamala Harris por una identidad integradora se traduce no solo en la representación visual de la diversidad territorial, sino en la configuración simbólica del liderazgo. A diferencia del enfoque unipersonal y mesiánico de Trump, aquí Harris aparece escuchando, conversando, recorriendo escuelas, campos, pequeños negocios. Frases como *“We stand for freedom and for justice”* o *“Neighbors, not enemies”* refuerzan una noción del poder político como articulador de vínculos, no de fracturas. La figura presidencial no emerge desde la excepcionalidad, sino desde la cercanía, la empatía y la escucha activa. En este sentido, el liderazgo simbólico que proyecta Harris se construye sobre una emocionalidad cívica que reconoce la pluralidad territorial como fortaleza. El encuadre visual evita el dramatismo y opta por un tono pausado, más cálido.

Esta mirada inclusiva se refuerza en *“America”*, donde un montaje visual combina paisajes rurales, pueblos pequeños, granjas y zonas urbanas. El spot comienza con una representación sombría del miedo instaurado por los republicanos, para luego transicionar hacia una narrativa esperanzadora de comunidad. La voz de Harris afirma que *“America is not broken. It's unfinished. Let's build it together. As one big community”*. La metáfora de lo inacabado sustituye el discurso de lo perdido ya que no se trata de volver al pasado, sino de completar un proyecto común. Esta resignificación del territorio, como símbolo compartido, no dividido, se enmarca en lo

que Rodríguez Andrés (2021) define como uso progresista del campo, no como reducto cultural, sino como red de relaciones.

En redes sociales, esta estrategia discursiva se mantiene con coherencia. Publicaciones como “*From rural towns to city centers, our opportunity economy will ensure small businesses have resources to turn their dreams into reality*” (agosto 2024) evidencian una voluntad explícita de incluir al territorio rural en su visión de país. No hay una dicotomía espacial, sino un esfuerzo discursivo por articular un nosotros expansivo la cual desactiva la lógica binaria. En ese sentido, la territorialización que aquí se observa no contradice la hipótesis, pero sí la matiza, Harris emplea el espacio simbólico, pero no para profundizar la polarización, sino para reducirla desde una visión igualitaria.

Otros mensajes, como el *Reel* del 30 de agosto desde Georgia, donde Harris aparece bromeando con una banda escolar rural, ilustran una estrategia de emocionalidad cercana. Aquí la política se muestra como presencia cotidiana.

Desde el punto de vista teórico, esta estrategia conecta con lo que autores como Mudde y Kaltwasser (2017) denominan populismo “inclusivo”, en el que la polarización no se niega, pero se modula a través de marcos emocionales cooperativos y una semiótica institucional. Aún así, en el caso de Harris, lo que emerge no es tanto un contra populismo como una afirmación política serena, que apela a los vínculos entre ciudadanía, legalidad y cuidado democrático.

En conjunto, los materiales analizados en este bloque confirman la orientación discursiva no antagonista de la campaña de Harris y matizan la hipótesis central del trabajo, si bien existe una territorialización simbólica, su función no es polarizar, sino cohesionar. La política del cuidado y la emocionalidad esperanzada que promueve Harris no niega la identidad territorial, pero la resignifica en clave democrática.

Este conjunto de materiales revela así una estrategia comunicativa coherente, que reacciona al clima polarizado sin alimentar su lógica emocional. La amenaza no desaparece ya que está presente en cada alusión al aborto, al derecho al voto, a la violencia armada o al negacionismo climático, pero se aborda con otra lógica: la de la contención institucional Harris no se presenta como heroína ni mártir, sino como una garante democrática.

Sin embargo, esta emocionalidad tranquila, no está exenta de límites. Como se desarrollará en el siguiente subapartado, la territorialización simbólica del discurso de Harris presenta ciertos matices, hay momentos donde su narrativa se nacionaliza de forma más genérica en aras de una transversalidad generalista. Aun así, la coherencia entre su tono, sus referencias institucionales y su uso del lenguaje afectivo marcan una diferencia clara respecto a Trump y refuerzan la idea de que también existen formas de movilización emocional no basadas en la exclusión ni el enfrentamiento directo.

2.3. Estrategias de territorialización simbólica: Ciudad, suburbio y nación

Uno de los aspectos más distintivos de la estrategia discursiva de Kamala Harris en 2024 es su apuesta por una construcción simbólica del territorio que evita reforzar la brecha urbano-rural. A diferencia de Trump, cuya retórica está marcada por una oposición entre “*Main Street*” y las “ciudades infestadas de crimen importado”, Harris articula una visión inclusiva, descentralizada y emocionalmente cohesionadora del espacio nacional.

En sus discursos, esta lógica se traduce en una selección territorial diversa, tanto en localización como en tono. El discurso de aceptación en la Convención Nacional Demócrata (Chicago, 22 de agosto) se presenta como un acto de afirmación nacional y unidad transversal. Harris afirma querer ser “una presidenta para todos los estadounidenses” y, en lugar de apelar a un bloque específico, sitúa su candidatura como un puente entre diferencias. Chicago, como metáfora urbana pero también interseccional (por su diversidad cultural y su peso simbólico), opera aquí como eje de consenso. Harris adopta etiquetas territoriales específicas para construir una identidad cívica colectiva, en línea con lo que Bonikowski (2016) describe como “nacionalismo institucionalizado” frente al “nacionalismo populista”.

Esa estrategia se acentúa aún con mayor intensidad en el evento *Unite for America* en Farmington Hills (19 de septiembre), un suburbio del cinturón industrial de Michigan. Allí, el formato de *town hall* le permitió incorporar testimonios reales y emociones vinculadas a experiencias concretas como la violencia armada, la salud reproductiva o el acceso a la educación. Aquí Harris se presentó como figura empática y conectada, sin imponer un discurso unidireccional, sino escuchando y reaccionando al dolor expresado por la audiencia. Esta estrategia de *priming* afectivo lo que permite es descentralizar el poder simbólico del discurso, trasladándolo al vínculo emocional con comunidades históricamente desplazadas del centro de la representación política.

Finalmente, el rally de cierre en Filadelfia (4 de noviembre), cargado de simbolismo urbano e histórico, ofrece una convergencia interesante. El acto se desarrolla en los “*Rocky Steps*” y alude a la ciudad del “amor fraternal” como metáfora de superación colectiva y unidad. La narrativa performativa proyecta a Harris como “*underdog*” en ascenso, apelando tanto al orgullo urbano progresista como a un público nacional que reconoce la cultura pop como elemento de cohesión.

Esta mirada inclusiva se refuerza en el resto de los materiales analizados. Por ejemplo, en las redes sociales también se observa esta intención de neutralizar la polarización geográfica. En la publicación del 6 de agosto, Harris escribió “*From rural towns to city centers, our opportunity economy will ensure small businesses have resources to turn their dreams into reality*”. El *framing* combina inclusión económica con geografía afectiva, conectando con los imaginarios de esfuerzo y emprendimiento local, comunes en ambas Américas. Este tipo de marcos “doble-anclados” permiten interpelar simultáneamente a sectores rurales y urbanos sin recurrir al antagonismo.

Especial atención merece el *Reels* publicado el 30 de agosto desde un pueblo rural de Georgia, donde Harris aparece bromeando tras tocar desafinadamente un instrumento junto a una banda escolar afroamericana. El tono desenfadado y la estética cercana activan un *framing* de autenticidad emocional. Lejos de la solemnidad presidencial, la candidata se presenta como accesible, humana, capaz de conectar sin filtros. En términos de *priming* simbólico, la presencia de Harris en un escenario del sur rural afroamericano cumple una función doble. Por un lado, refuerza su vínculo con el electorado negro y, por otro lado, con comunidades periféricas que suelen quedar fuera del foco nacional. Es un ejemplo claro de *soft campaigning* territorializado, que suma emocionalmente sin dramatismo. Además, desde una perspectiva discursiva, el uso de este tipo de publicaciones permite activar lo que Van Gorp (2007) define como *hybrid framing*, una narrativa que combina referencias localizadas con símbolos universales.

Comparando con Biden en 2020, se observa una continuación en la voluntad de integrar el territorio desde una óptica inclusiva, pero también un refinamiento discursivo. Mientras que Biden apelaba a “*the soul of the nation*” desde una perspectiva más abstracta y nacionalizante, Harris introduce una descentralización activa del discurso. En el mitin de Warm Springs, Biden hablaba de “*healing*” y “*unity*”, pero desde un rol de restaurador. Harris, en cambio, se inserta en el territorio, escuchando y dejándose interpelar. No solo comunica para el pueblo, sino con el pueblo, especialmente en espacios simbólicamente alejados del centro político.

El análisis comparado entre los discursos de Joe Biden en 2020 y Kamala Harris en 2024 permite observar una evolución significativa en la narrativa demócrata, marcada por el contexto, el estilo personal y los recursos comunicativos empleados en cada ciclo.

En 2020, Biden construyó su campaña en torno al marco moral de la restauración democrática. La idea de “la batalla por el alma de la nación” sirvió de eje integrador, adaptado a cada escenario territorial sin perder su tono moderado y civil. En su discurso de aceptación desde Wilmington, en un formato virtual y sobrio, por las restricciones de la pandemia, optó por una retórica de luz frente a oscuridad, con apelaciones constantes al respeto institucional y a la unidad nacional. En Cleveland, conectó con el votante urbano-suburbano a través de un populismo moderado de corte económico, contraponiendo Scranton y Park Avenue como símbolos de clase. Y en Warm Springs, enclave rural cargado de simbolismo histórico, adoptó un tono casi espiritual para hablar de sanación y legado.

Harris recoge buena parte de ese legado discursivo, pero lo actualiza. Si Biden encarnaba la templanza como virtud cívica, Harris introduce una emocionalidad más variada, visible tanto en sus palabras como en su performance pública. En sus discursos en Chicago, Farmington Hills y Filadelfia, no solo adapta su mensaje al entorno (urbano, suburbano y rural, respectivamente), sino que refuerza esa adaptación con recursos visuales, referencias culturales y un lenguaje corporal que la acercan al votante. Mientras Biden apelaba a la empatía racional desde el

teleprompter, Harris canta con bandas escolares, ríe con madres trabajadoras y conecta desde la anécdota vivida.

En términos de adversario político, Biden optó por una confrontación ética, con la que responsabilizó a Trump de la división del país, pero sin recurrir a un tono beligerante. Harris, en cambio, nombra con claridad las políticas regresivas del expresidente, con frases como *“He is the architect of this health care crisis”*, y vincula su figura a amenazas concretas sobre derechos civiles y sociales. Es un enfoque inclusivo más directo, aunque todavía enmarcado en el civismo democrático.

En resumen, Harris no rompe con el legado discursivo de Biden, pero lo expande. Su tono es más emocional, su presencia más corporal y su marco más beligerante frente al avance de la derecha radical. Esta evolución no solo responde a cambios contextuales, sino también a una estrategia comunicativa orientada a conectar desde abajo. La hipótesis principal del trabajo se ve así reforzada, el discurso demócrata evoluciona hacia formas más combativas y territorializadas, en un contexto de polarización creciente.

En conclusión, la estrategia territorial de Harris busca desactivar la brecha simbólica entre lo urbano y lo rural mediante una narrativa coral, emocionalmente empática y estéticamente inclusiva. No hay un “pueblo auténtico” versus “elites urbanas”, sino un “nosotros” descentralizado, donde la identidad compartida no nace de la homogeneidad sino del reconocimiento mutuo entre territorios diversos. Esta orientación, si bien no exenta de tensiones internas, representa un intento consciente de disputar el significado del “pueblo” desde una narrativa integradora, más cercana a un populismo cívico (Laclau, 2005) que a un populismo excluyente. Esta lógica, aunque menos espectacular que la retórica populista, responde de forma directa a las hipótesis de este trabajo, en lugar de exacerbar las diferencias territoriales, Harris apuesta por reencuadrarlas desde el reconocimiento, sin negar sus tensiones, pero apostando por una política de la inclusión simbólica.

3. Comparación final entre ambos candidatos: Conflicto discursivo y polarización territorial

Este apartado tiene como objetivo poner en perspectiva los hallazgos del análisis, comparando de forma directa las estrategias discursivas empleadas por Donald Trump y Kamala Harris durante la campaña presidencial de 2024. A través de los discursos, spots y publicaciones en redes sociales previamente analizados, voy a examinar cómo cada candidatura representa simbólicamente el territorio nacional, moviliza emociones colectivas y reformula, de forma muy distinta, la figura del “pueblo” en un contexto de fuerte polarización geográfica.

La estructura se organiza en tres subapartados, cada uno vinculado a una de las hipótesis planteadas al inicio del trabajo. En primer lugar, se analizará si los discursos han contribuido a reforzar la brecha urbano-rural mediante marcos contrastivos y referencias simbólicas opuestas. En segundo lugar, se abordará cómo se instrumentaliza el territorio como eje de confrontación identitaria, atendiendo al

carácter integrador o excluyente de cada propuesta. Por último, se valorará si ha habido una intensificación del tono populista respecto a 2020, especialmente en los discursos orientados a públicos rurales, y cómo se manifiesta ese cambio en el plano retórico y emocional.

Con esta sección no pretendo repetir lo ya expuesto, sino ofrecer una lectura transversal y comparada que permita comprobar hasta qué punto los resultados obtenidos respaldan, cuestionan o complejizan las hipótesis iniciales. Cerrando el análisis, se trata de recoger sus líneas principales y observar qué relato conjunto marcan sobre la identidad territorial en la política contemporánea de Estados Unidos.

3.1. *Discurso político y profundización de la brecha urbano-rural*

Como introducía en la introducción, la primera hipótesis de este trabajo plantea que las campañas electorales de 2024 han intensificado la brecha simbólica entre áreas urbanas y rurales, recurriendo a marcos discursivos que enfatizan diferencias culturales y valores identitarios. Tal y como he desarrollado en los apartados anteriores, esta hipótesis encuentra un respaldo significativo en el análisis comparado de los discursos, spots y publicaciones en redes sociales de Donald Trump y Kamala Harris, aunque con matices relevantes según la lógica discursiva adoptada por cada candidatura.

En el caso de Trump, como ya se ha explorado en detalle en el subapartado 4.1.1, la oposición territorial no solo estructura el contenido del mensaje, sino que se convierte en un recurso permanente para construir identidad política. Las zonas rurales aparecen retratadas como el núcleo moral de la nación, caracterizadas por ser espacios de trabajo, fe y tradición que, una y otra vez, se presentan como víctimas de un “ellos” urbano, descrito como corrupto, decadente o abiertamente hostil. Esta construcción dicotómica se refuerza mediante el uso sistemático de fórmulas como “*they hate you*” o “*they’re destroying your towns*”, frases que, como veíamos también en el análisis de sus publicaciones en Truth Social, activan un *priming* emocional de amenaza existencial. Además, como se argumentaba en el apartado 4.1.2, los encuadres visuales y estéticos de sus spots consolidan esa narrativa al yuxtaponer lo rural como símbolo de pureza frente al desorden de las grandes ciudades.

Por tanto, en el caso de Trump, el discurso no solo confirma la hipótesis, sino que la lleva a su máxima expresión, en este caso la fractura urbano-rural es convertida en antagonismo moral. Tal como se anticipaba en el marco teórico (ver apartado 2), esto se enmarca en una estrategia populista en clave excluyente, donde el “pueblo” solo se identifica con un segmento específico del territorio nacional, lo que Bonikowski (2016) definiría como un “nacionalismo populista territorializado”.

En contraste, como se ha evidenciado en el bloque 4.2, la campaña de Kamala Harris intenta disputar ese marco desde una lógica distinta. En lugar de negar el territorio como dimensión identitaria, propone reencuadrarlo, sus discursos no establecen jerarquías entre lo urbano y lo rural, sino que apuestan por la

interdependencia. Ya desde el acto de aceptación en Chicago, y más aún en el *town hall* de Farmington Hills, Harris construye una narrativa coral donde las diferencias territoriales no son amenaza, sino riqueza compartida. Esta estrategia, analizada también en el apartado 4.2.3, se apoya en un *framing* horizontal que permite representar a comunidades diversas dentro de un mismo relato común, sin imponer un centro ni un margen. Además, el uso de elementos como el *Reels* de Georgia rural (véase apartado 4.2.3) refuerza una presencia simbólica que busca tender puentes con sectores históricamente periféricos desde una estética emocionalmente cercana y no confrontativa.

Ahora bien, esta orientación integradora, aunque coherente, no elimina por completo la polarización territorial. Como mencionaba en el análisis de sus spots (apartado 4.2.2), el riesgo de que ciertos guiños simbólicos no sean suficientes para contrarrestar el marco dominante de oposición sigue presente. Aun así, la campaña de Harris sí que matiza parcialmente la hipótesis, al demostrar que es posible construir identidad territorial desde la inclusión y no desde la ruptura.

En conjunto, los resultados obtenidos en ambos casos permiten afirmar que la brecha urbano-rural ha sido discursivamente intensificada en 2024, tal y como se planteaba inicialmente. Sin embargo, el modo en que esa intensificación ocurre es radicalmente distinto. Por un lado, Trump la convierte en eje de movilización populista, mientras que, por el otro, Harris intenta resignificarla mediante una narrativa más cohesionadora. Como señalaba en el marco teórico y los análisis anteriores, esta diferencia no es solo de tono, sino de concepción del espacio nacional y del papel del “pueblo” en él. En definitiva, el territorio ha dejado de ser un simple fondo para convertirse en protagonista del conflicto cultural en campaña.

3.2. *Antagonismo y consolidación de percepciones identitarias excluyentes*

Tal como planteaba en la segunda hipótesis, uno de los efectos más relevantes del discurso político en 2024 ha sido la consolidación de identidades excluyentes. No se trata solo de mostrar diferencias territoriales, sino de traducirlas en categorías morales y afectivas que oponen un “nosotros” frente a un “ellos” cada vez más definidos. Esta lógica no se limita a dividir el mapa electoral, sino que dibuja mundos simbólicos paralelos que, en muchos casos, ya no se reconocen entre sí.

En el caso de Donald Trump, como se expuso en los apartados 4.1.1 y 4.1.2, esta estrategia se basa en el antagonismo explícito. El “otro” político, las élites, los progresistas, los medios o los inmigrantes, no sólo aparecen nombrados, sino emocionalmente enmarcados como amenaza directa al pueblo. Y ese pueblo, como se ha visto, se define por exclusión, es quien comparte valores tradicionales, creencias religiosas, esfuerzo cotidiano y sentido de pertenencia. La identidad colectiva que se activa no es inclusiva ni expansiva, sino reactiva y reforzada por un relato de agravio constante.

Un buen ejemplo de esta lógica aparece en el spot “*Our Forgotten Cities*”, donde el abandono por parte de las élites urbanas genera no solo indignación, sino una identificación emocional con la humillación sufrida. El ciudadano medio no es

agredido físicamente, pero sí simbólicamente al haberle dejado atrás. Como ya señalaba Cramer (2016), esta percepción de desprecio es clave para la consolidación de una identidad negativa basada no en lo que se es, sino en lo que se siente que se niega. Las publicaciones en redes sociales refuerzan este antagonismo, activando constantemente marcos afectivos binarios. Así, en sus publicaciones Trump, no está describiendo una comunidad, más bien está delimitando un campo de pertenencia frente al otro cultural.

Ahora bien, el antagonismo no es solo vertical (el pueblo contra las élites), sino también horizontal. En muchos discursos y spots, como ya se apuntó en el 4.1.2, se percibe una narrativa que enfrenta estilos de vida. Lo local frente a lo global, lo auténtico frente a lo artificial, lo americano frente a lo “corrupto”. No hay lugar para puntos intermedios. De este modo, el discurso no solo moviliza votantes, sino que moldea formas de percepción social y enseña a mirar al otro como ajeno.

Por su parte, Kamala Harris adopta una estrategia discursiva claramente distinta. Como argumenté en el 4.2.3, su identidad simbólica no se construye contra un adversario, sino desde la pertenencia compartida. El “nosotros” que invoca Harris no nace de la exclusión, sino del reconocimiento de diferencias como parte del tejido nacional. En el spot *America* o en el *Reels* grabado en Georgia rural, lo que hace es activar una emocionalidad basada en la cercanía y el respeto mutuo. No se ocultan las fracturas, pero tampoco se usan como combustible identitario.

Eso no significa que su discurso sea ingenuo. Como mencionaba al hacer el análisis del acto en Farmington Hills (4.2.1), Harris no evita los temas duros como pueden ser la violencia armada, los derechos reproductivos o la desigualdad estructural, de hecho, suele entrar bastante en ellos. Pero lo hace sin convertir al otro en una caricatura. De hecho, muchas de sus intervenciones apelan a republicanos desencantados o ciudadanos que han perdido la confianza en el sistema. Su marco es reivindicativo, pero no polarizante. En términos de Van Gorp (2007), podríamos decir que Harris articula un “*framing* de coexistencia”, que intenta sostener una identidad cívica sin recurrir a enemigos internos.

Dicho esto, la campaña de Harris no logra eliminar del todo el antagonismo simbólico presente en el ecosistema político. Como apuntaba en el marco teórico, los marcos no funcionan en el vacío, sino que operan dentro de un clima discursivo altamente polarizado. Así, aunque su estrategia intenta evitar consolidaciones identitarias excluyentes, lo cierto es que muchas de sus intervenciones funcionan también como respuesta defensiva a un marco hostil dominante.

En conclusión, los materiales analizados permiten afirmar que el discurso de Trump no solo reproduce el antagonismo, sino que lo convierte en pilar central de su identidad política. Harris, por el contrario, busca disputar ese marco desde una lógica integradora, aunque lo hace dentro de un terreno simbólicamente ya tensionado. Esta diferencia no niega la existencia de conflicto, pero sí revela que el modo en que se construye identidad, y contra quién, sigue siendo uno de los grandes ejes de la batalla discursiva en la política estadounidense contemporánea.

3.3. *Intensificación del populismo y mutación en los discursos territoriales*

Por último, tal y como planteaba en la hipótesis 3, uno de los factores clave que se esperaban detectar en esta investigación era el aumento del tono populista entre los ciclos electorales de 2020 y 2024, especialmente en aquellos discursos dirigidos a audiencias rurales o territorialmente descentradas. Esta perspectiva comparada permite no solo identificar continuidades y mutaciones en los discursos de Trump y Harris, sino también observar con mayor claridad el modo en que se ha transformado el populismo como estilo discursivo y como recurso simbólico, especialmente en su dimensión territorial.

Como mencionaba en el marco teórico, el populismo puede adoptar formas diversas, desde el antagonismo binario hasta la performatividad emocional, y su intensidad suele depender tanto del contexto como del público al que se dirige. A partir del análisis del corpus seleccionado, se pueden observar cambios entre ambos ciclos electorales que permiten evaluar en qué medida se confirma la tercera hipótesis de este trabajo.

(1) ¿Se ha intensificado la oposición rural/urbano en el plano discursivo?

Los datos muestran que sí, especialmente en el caso republicano. En 2020, Trump ya utilizaba una retórica que exaltaba lo rural como “América auténtica”, pero aún contenía trazos de orgullo celebratorio y referencias simbólicas positivas. Sin embargo, en 2024 se observa un giro más oscuro y emocionalmente cargado, en el cual el campo ya no solo es lo virtuoso, sino lo humillado. En el mitin de Mosinee, por ejemplo, afirma que “ellos no me odian a mí, te odian a ti”, señalando directamente al votante rural como víctima de una élite urbana que lo desprecia. Este patrón se repite en Long Island, donde redefine la ciudad como un espacio “infestado de crimen importado”, y en Reading, donde denuncia que los trabajadores “vuelven a ciudades en ruinas”.

La oposición simbólica entre campo y ciudad pasa así de ser un marco implícito para convertirse en uno de los ejes centrales de la narrativa populista, con una emocionalidad que oscila entre el resentimiento, la traición y el agravio. Se trata, como decía en el apartado 4.1.1, de una intensificación del populismo antagonista, donde el “pueblo” no solo lucha contra las élites, sino que es burlado, olvidado y expuesto a la decadencia global que las élites habrían permitido o provocado.

(2) ¿Han cambiado los marcos utilizados para definir al “nosotros” y al “otro”?

También aquí se observa una evolución notable. En la campaña de Trump de 2020, el “nosotros” republicano se definía frente a las élites globalistas desde un tono combativo, pero aún celebratorio. En 2024, ese “nosotros” es más cerrado, más dolido. Ya no basta con ser patriota o trabajador, ahora hay que haber sido despreciado. El spot “*Our Forgotten Cities*” resume esta lógica con imágenes de ruina y desesperanza, reforzadas por narrativas como “*They let your towns collapse. They let you down.*” La

ciudadanía válida es aquella que ha sufrido, y que ahora se levanta como respuesta al abandono.

Este marco refuerza lo que Bonikowski (2016) define como nacionalismo populista excluyente. Una identidad colectiva que no solo se articula frente a un otro ideológico, sino que necesita de su humillación para afirmarse. El resultado es un “pueblo” herido que exige reparación más que representación.

En contraste, Harris adopta en 2024 una lógica simbólica inversa. Como se explicó en el apartado 4.2., construye un “nosotros” cívico y plural, menos espectacular pero igualmente cargado de emoción. En sus discursos y publicaciones no hay burla, sino una conexión humana. El pueblo que interpela Harris no es el del agravio, sino el de la diversidad emocional. En lugar de un “otro” degradado, Harris proyecta una narrativa de comunidad que, aunque más frágil y compleja, aspira a un reconocimiento mutuo, no a una revancha.

(3) ¿El tono populista ha aumentado o simplemente ha mutado?

Ambas cosas. En el caso de Trump, el populismo no solo se intensifica, sino que se vuelve más oscuro. Como se observa en sus discursos de 2024, la narrativa ya no gira en torno al orgullo identitario, sino a la victimización total. El ciudadano medio, rural, cristiano, blanco, no es ya el corazón de América, sino su chivo expiatorio. Esta deriva emocional conecta con lo que Moffitt (2016) denomina populismo performativo, el cual consiste en un estilo de comunicación en el que el dramatismo y la hipérbole se convierten en ejes de credibilidad, especialmente cuando se dirigen a públicos desencantados.

Por su parte, Harris, si bien de forma más moderada, transita hacia lo que podríamos llamar un populismo cívico o emocionalmente empático. Aunque su tono es más moderado, también adopta marcos de denuncia, como la censura educativa, los derechos reproductivos o los discursos de odio, que la colocan en una posición simbólica de defensa del pueblo frente a amenazas autoritarias. Esta operación discursiva no es ajena al populismo, sino una versión más institucional y moralizante del mismo, tal como sugiere Laclau (2005) cuando plantea que todo discurso que articula una frontera entre “el pueblo” y “el poder” tiene una dimensión populista, aunque su forma y su tono puedan variar.

En resumen, el enfoque longitudinal permite distinguir entre lo coyuntural y lo estructural. Si bien algunas estrategias responden a la lógica electoral del momento, por ejemplo, la apelación al aborto en 2024 o a la pandemia en 2020, otras revelan transformaciones profundas en el modo de hacer política en EE. UU. Entre ellas, tres destacan con claridad:

- La consolidación del campo como espacio emocional privilegiado del discurso conservador.
- La creciente estetización emocional del discurso progresista, especialmente en sus formatos digitales.

- Y la centralidad del conflicto cultural como principio organizador del discurso político, mucho más marcada en 2024 que en ciclos anteriores.

V. CONCLUSIONES

Concluir un trabajo como este, que ha acompañado tantas horas de lectura, análisis, dudas y entusiasmo, no es simplemente cerrar un ciclo académico, es también ordenar las ideas que han ido cobrando forma mientras se desarrollaba la investigación, y detenerse un momento a mirar el trayecto recorrido.

Lo cierto es que, cuando este trabajo comenzó a tomar forma, lo hizo casi como un mapa en blanco con una intuición clara, que, en la política estadounidense contemporánea, la identidad territorial, eso que nos hace sentir parte de un lugar, de una comunidad y de una historia, se estaba convirtiendo en un eje clave del conflicto discursivo. La pregunta era cómo y con qué estrategias los principales candidatos presidenciales estaban dando forma a esa tensión, especialmente en un contexto tan polarizado como el de las elecciones de 2024.

Pero ese punto de partida no tardó en enfrentarse a dificultades reales. La primera de ellas, metodológica, ¿cómo analizar el discurso político de forma rigurosa y a la vez significativa, sin caer en generalizaciones ni limitarse a describir lo evidente? Encontrar un equilibrio entre el análisis profundo y la claridad expositiva fue uno de los principales retos. También lo fue seleccionar el corpus adecuado ya que no bastaba con recoger materiales relevantes, había que estructurar una muestra que fuera representativa y equilibrada, que permitiera comparar sin forzar paralelismos artificiales. Finalmente, establecer un enfoque discursivo que integrara marcos teóricos (como el *framing*, el *priming* emocional o la estética populista) sin perder de vista la dimensión simbólica del lenguaje político exigió un trabajo constante de relectura y síntesis.

A pesar de esas dificultades, lo que fue surgiendo a lo largo del análisis superó incluso las hipótesis iniciales. Lo que este trabajo ha puesto de relieve no es solo la existencia de una brecha simbólica entre lo urbano y lo rural en el discurso político de Trump y Harris, sino la manera en que esa fractura se ha convertido en uno de los principales recursos de construcción identitaria en las campañas actuales.

En el caso de Donald Trump, la narrativa es clara, el campo como “pueblo auténtico” que ha sido traicionado, olvidado o directamente humillado por unas élites urbanas asociadas a la decadencia y la desconexión moral. A través de discursos, spots y publicaciones en redes sociales, el presidente despliega una estética populista de fuerte carga emocional, donde el resentimiento y la nostalgia territorial articulan un “nosotros” herido frente a un “ellos” caricaturizado. Y no se trata solo de una retórica en abstracto, sino que la performatividad de los discursos, los encuadres visuales, el lenguaje corporal y hasta los silencios contribuyen a dar densidad emocional a esa identidad rural-víctima. En los discursos de Mosinee o Reading, por ejemplo, se observa cómo el tono se oscurece y cómo el enemigo cultural se vuelve

más difuso y a la vez más amenazante, ya no es solo el Partido Demócrata, es una forma de vida ajena y desarraigada.

Frente a esto, Kamala Harris adoptó una estrategia discursiva que podríamos calificar de integradora, aunque no por ello menos intencionada. La suya es una apuesta por desactivar el conflicto territorial a través de una narrativa cívica de unidad, donde la diversidad de espacios (rurales, suburbanos, urbanos) es presentada como una red de voces complementarias. Sus discursos y spots proponen una emocionalidad distinta, no la del agravio, sino la de la empatía. La candidata se sitúa no por encima del pueblo, sino a su lado, a veces literalmente, como en el *town hall* de Farmington Hills, escuchando, reaccionando y cediendo un espacio simbólico. Esa descentralización del discurso no es menor, implica una voluntad explícita de representar sin uniformar, de construir un “nosotros” sin borrar las diferencias.

Si uno compara ambas campañas desde una mirada longitudinal, integrando los discursos de 2020, se observa también una mutación significativa en el tono populista. En el caso republicano con Trump, esa evolución va de la celebración del “pueblo trabajador” a su victimización cultural explícita. En el caso demócrata, Harris, por contraste, da una transformación desde el tono institucional de Biden hacia una emocionalidad más directa, cercana al *soft campaigning*, con elementos que podrían vincularse al populismo cívico. La identidad colectiva ya no se construye sólo desde lo institucional, sino desde lo afectivo y cotidiano.

Así, las tres hipótesis de este trabajo encuentran confirmación, aunque con matices importantes. En primer lugar, la brecha urbano-rural ha sido reforzada discursivamente. En segundo lugar, el territorio ya no es un fondo neutral, sino un eje de confrontación identitaria, dónde se habla, para quién se habla y desde qué emoción se habla define hoy el contenido mismo del discurso. Y, en tercer lugar, el tono populista se ha intensificado, pero también se ha diversificado, del populismo antagonista de Trump al, a lo mejor, populismo empático o ético de Harris, lo que está en juego es qué tipo de relación se propone entre el poder y el pueblo, y a qué pueblo se apela, ya que como hemos visto, dependiendo del tipo de entorno, la forma de comunicar varía.

Ahora bien, este trabajo también ha revelado problemáticas que abren nuevas vías para investigaciones futuras. Una de ellas es la creciente estetización del discurso político, es decir, cómo los recursos visuales y performativos están ganando peso frente al contenido verbal tradicional. Otra es el papel de las redes sociales en la segmentación emocional del electorado o cómo ciertas publicaciones no buscan tanto informar como crear climas afectivos específicos. Sería interesante explorar en profundidad cómo estas emociones se distribuyen territorialmente y cómo se articulan con identidades preexistentes.

También queda pendiente una reflexión más amplia sobre los límites del discurso como herramienta de cohesión. Si bien este trabajo ha demostrado que el lenguaje político puede construir puentes o reforzar grietas, lo cierto es que su

capacidad de transformar realidades depende también de estructuras materiales, económicas y mediáticas. La disputa simbólica es crucial, pero no es autónoma.

En lo personal, este trabajo ha sido, sin duda, un proceso exigente pero enriquecedor. No solo me ha permitido profundizar en el análisis del discurso político desde una mirada crítica, sino también descubrir el valor del lenguaje como campo de batalla. Por todo ello, cerrar este TFM no es un punto final, sino más bien un punto y seguido. Porque, como queda claro en los discursos aquí analizados, las palabras importan. Y seguir investigando cómo se usan, para incluir o para excluir, es, sin duda, una tarea que merece continuidad.

VI. ANEXOS

Enlaces a los discursos analizados:

Convención Nacional Demócrata - Discurso de aceptación (Chicago. 22 agosto 2024): <https://www.youtube.com/embed/dtbUIKy1D7k?feature=oembed>

Evento “Unite for America” en Farmington Hills, Michigan (19 de septiembre de 2024): <https://www.youtube.com/embed/pSsSo9xIWes?feature=oembed>

Rally de cierre en Filadelfia, Pensilvania (4 de noviembre de 2024): https://www.youtube.com/embed/vAd5Q_Jr4zA?feature=oembed

Rally en Mosinee, Wisconsin (7 de septiembre 2024): <https://www.youtube.com/watch?v=7kykqgbOSjI>

Rally en Long Island, Nueva York (27 de octubre de 2024): <https://www.youtube.com/embed/A0F-NwN1wq4?feature=oembed>

Rally en Reading, Pensilvania (4 de noviembre 2024): <https://www.youtube.com/embed/56B-O8Gzqp0?feature=oembed>

Discurso de aceptación de Joe Biden en la Convención Demócrata 2020 (Wilmington, DE – 20 de agosto de 2020): <https://www.youtube.com/embed/l6s6qpzqMxE?feature=oembed>

“Drive-in” rally de Biden en Cleveland, Ohio (2 de noviembre de 2020): <https://www.youtube.com/live/cwkBeyYl40I?si=541miCk5Vt3um0An>

Discurso de Joe Biden en Warm Springs, Georgia (27 de octubre de 2020): <https://www.c-span.org/program/campaign-2020/joe-biden-remarks-in-warm-springs-georgia/555528#:~:text=C,home%20of%20Franklin%20Delano>

Discurso de aceptación de Donald Trump en la Convención Republicana 2020 (Casa Blanca, Washington D.C. – 27 de agosto de 2020): <https://www.c-span.org/program/republican-national-convention/president-trump-speaks-at-2020-republican-national-convention/552108#:~:text=Convention%20www.c.the%202020%20Republican%20National%20Convention>

Mitin de Trump en Tulsa, Oklahoma (20 de junio de 2020): <https://www.youtube.com/watch?v=EHYgZWAvIIs>

Mitin de Trump en Circleville, Ohio (24 de octubre de 2020): <https://www.c-span.org/program/campaign-2020/president-trump-holds-rally-in-circleville-ohio/555342>

Spots analizados:

Donald Trump 2024 – “Our Forgotten Cities”: <https://youtu.be/ads5eekhHXg?si=5LYs8zP4F9NGCS3f>

Donlad Trump 2024 - “A vision for a better Amercian”: <https://youtu.be/J0ynVfbDrIk>

Kamala Harris – “Brighter Future”: <https://youtu.be/U6bv6jYE-VAs?si=FU49a251H0HfEWTg>

Kamala Harris – “America”: https://youtu.be/kBqPu-FetF4?si=a1_uyRq3OXIP1VT-

Posts en redes analizados:

 **Commentary Donald J. Trump P..**   [Seguir](#)
@TrumpDailyPosts
 Cuenta de comentarios

It takes centuries to build the unique character of each state. But reckless migration policy can change it quickly and permanently. Just like we've seen in London, and Paris, and Minneapolis. If Kamala Harris wins this election, she will flood Pennsylvania cities and towns with illegal migrants from all over the world—and Pennsylvania will not be Pennsylvania any longer.

When I am president, all migrant flights to Pennsylvania will STOP the moment I take the oath of office. Those who do not belong, will be sent back home. We will end the invasion of small-town Pennsylvania—and we will END the destruction of America.

Donald Trump Truth Social 12:40 AM EST 09/24/24
[@realDonaldTrump](#)

[Traducir post](#)

TRUTH.

7424 replies

 **Donald J. Trump**  
@realDonaldTrump

When a prizefighter loses a fight, the first words out of his mouth are, "I WANT A REMATCH." Polls clearly show that I won the Debate against Comrade Kamala Harris, the Democrats' Radical Left Candidate, on Tuesday night, and she immediately called for a Second Debate. She and Crooked Joe have destroyed our Country, with millions of criminals and mentally deranged people pouring into the USA, totally unchecked and unvetted, and with Inflation bankrupting our Middle Class. Everyone knows this, and all of the other problems caused by Kamala and .Joe - It was discussed in great detail

 **Commentary Donald J. Trump P..**   [Seguir](#)
@TrumpDailyPosts
 Cuenta de comentarios

No President has done more for FARMERS, and the Great State of Iowa, than Donald J. Trump. In fact, it's not even close! All polls, except for one heavily skewed toward the Democrats by a Trump hater who called it totally wrong the last time, have me up, BY A LOT. I LOVE THE FARMERS, AND THEY LOVE ME. THE JUST OUT EMERSON POLL HAS ME UP 10 POINTS IN IOWA. THANK YOU!

Donald Trump Truth Social 09:06 AM EST 11/03/24
[@realDonaldTrump](#)




[Traducir post](#)

18:38 · 3/11/24 · 93,8k visualizaciones

 245  850  3,4k  27 

TRUTH.

2676 replies

 **Donald J. Trump**  
@realDonaldTrump

....As Vice President, J.D. will continue to fight for our Constitution, stand with our Troops, and will do everything he can to help me MAKE AMERICA GREAT AGAIN. Congratulations to Senator J.D. Vance, his wife, Usha, who also graduated from Yale Law School, and their three beautiful children. MAGA2024!

9.44k ReTruths 47.8k Likes 7/15/24, 9:04 PM

← Post ...

 **Commentary Donald J. Trump P..**   [Seguir](#)
@TrumpDailyPosts
 Cuenta de comentarios

Kamala: You ruined San Francisco, one of the greatest cities in the World, you ruined California, one of the greatest places on Earth - And you will turn America into a giant combination of both. We are not going to let that happen. MAKE AMERICA GREAT AGAIN!

Donald Trump Truth Social 11:09 PM EST 08/13/24
[@realDonaldTrump](#)

[Traducir post](#)
5:35 · 14/8/24 · **516k** visualizaciones
827 4,3k 19,5k 113

← Post ...

 **Commentary Donald J. Trump P..**   [Seguir](#)
@TrumpDailyPosts

REBUILD, AND OPEN ALCATRAZ! For too long, America has been plagued by vicious, violent, and repeat Criminal Offenders, the dregs of society, who will never contribute anything other than Misery and Suffering. When we were a more serious Nation, in times past, we did not hesitate to lock up the most dangerous criminals, and keep them far away from anyone they could harm. That's the way it's supposed to be. No longer will we tolerate these Serial Offenders who spread filth, bloodshed, and mayhem on our streets. That is why, today, I am directing the Bureau of Prisons, together with the Department of Justice, FBI, and Homeland Security, to reopen a substantially enlarged and rebuilt ALCATRAZ, to house America's most ruthless and violent Offenders. We will no longer be held hostage to criminals, thugs, and Judges that are afraid to do their job and allow us to remove criminals, who came into our Country illegally. The reopening of ALCATRAZ will serve as a symbol of Law, Order, and JUSTICE. We will, MAKE AMERICA GREAT AGAIN!

From Donald Trump Truth Social 05/04/25 06:55 PM

← Post ...

 **Commentary Donald J. Trump P..**   [Seguir](#)
@TrumpDailyPosts
 Cuenta de comentarios

OUR GREAT FARMERS OF AMERICA WERE MAKING A LOT OF MONEY WHEN I WAS PRESIDENT...AND NOW THEY'RE NOT...

Donald Trump Truth Social 07:00 PM EST 09/04/24
[@realDonaldTrump](#)

[Traducir post](#)

0:21


1:12 · 5/9/24 · **79,1k** visualizaciones
426 1,2k 4,1k 37

← Post ...

 **Commentary Donald J. Trump P..**   [Seguir](#)
@TrumpDailyPosts
 Cuenta de comentarios

Immediately upon taking the oath of office, I will launch the largest deportation program in American history — I will rescue every town across America that has been invaded and conquered and we will put these vicious and bloodthirsty criminals in jail or kick them the hell OUT OF OUR COUNTRY!

Donald Trump Truth Social 09:52 PM EST 10/23/24
[@realDonaldTrump](#)

[Traducir post](#)

1:50
TEXT TRUMP TO 88022

4:11 · 24/10/24 · **71k** visualizaciones
180 702 2,8k 41

← Post ...

 **Commentary Donald J. Trump P...**   

@TrumpDailyPosts
Cuenta de comentarios

Just yesterday, it was reported that more than 1,000 members of the savage Venezuelan Gang “Tren de Aragua” are plotting to conduct ambush attacks on police and law enforcement in the United States—all while Harris and Biden sit in the White House and try to figure out who is dumber.

On Sunday, in a separate incident, a Venezuelan illegal alien criminal let in by Border Czar Harris shot a female police officer in Texas multiple times with a rifle—thankfully, the officer is expected to survive, but many victims are not so lucky.

In Texas last month, 12-year-old Jocelyn Nungaray was tied up, sexually assaulted, and strangled to death by two illegal aliens who Biden and Harris released into the United States.

If Border Czar Harris stays in charge, every single week will bring a never-ending stream of illegal alien rapists, bloodthirsty killers, and child predators to go after our sons and daughters.

Donald Trump Truth Social 08:05 PM EST 07/31/24
[@realDonaldTrump](#)

← Post ...

 **Kamala Harris**  

@KamalaHarris

I am committed to be a president for all Americans. We have so much more in common than what separates us.

15:19 · 18/10/24 · 2,2M visualizaciones

 11,6k  4,9k  32,7k  254 

← Post ...

 **Kamala Harris**  

@KamalaHarris

Our Harris-Walz administration will expand federal contract opportunities for rural and underserved small businesses.

Our opportunity economy will work for all Americans.

 **Commentary Donald J. Trump P...**   

@TrumpDailyPosts
Cuenta de comentarios

With your support on November 5th, we will achieve success that no one can imagine—we will have the strongest economy, the most secure borders, the safest cities...we will dominate the frontiers of science, medicine, business, technology, and space!

Donald Trump Truth Social 07:42 PM EST 10/28/24
[@realDonaldTrump](#)

Traducir post



0:53 · 29/10/24 · 63,3k visualizaciones

 178  642  2,4k  28 

← Post ...

 **Kamala Harris**  

@KamalaHarris

At this moment, we are seeing extremists ban books and attempt to erase, overlook, and rewrite the dark parts of America's history.

For example: The Civil War, which was about slavery.

Traducir post

18:35 · 7/1/24 · 1,1M visualizaciones

 5,9k  1,7k  6,6k  66 

Respuestas más relevantes ▾



Post



Kamala Harris @KamalaHarris

Seguir

I agreed to a second debate. Trump refused. I released my medical records. Trump has not. I sat for a 60 Minutes interview. Trump backed out.

One has to ask: What is Donald Trump trying to hide?

Traducir post

16:36 · 16/10/24 · 17,1M visualizaciones

57,5k 35k 277k 3,9k



Post



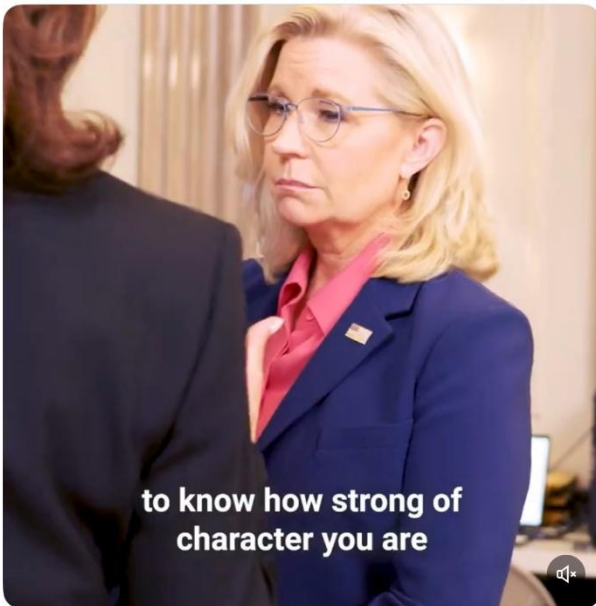
Kamala Harris @KamalaHarris

Seguir

Americans have so much more in common than what separates us.

I am grateful for the support of @Liz_Chenev and so many Americans who have chosen to put country over party in this fight for the future.

Traducir post





Kamala Harris
@KamalaHarris

Seguir

I come from the middle class—I worked at McDonald’s while I was in college. My mother made sure we knew that opportunity is not available to everyone.

As president, my priority will be to create an opportunity economy—and make sure every American has the chance to succeed.



Kamala Harris
@KamalaHarris

Seguir

I am proud to announce that I've asked @Tim_Walz to be my running mate.

As a governor, a coach, a teacher, and a veteran, he's delivered for working families like his.

It's great to have him on the team.

Now let's get to work. Join us:

Traducir post



I just gave to support Kamala Harris's campaign!

De secure.actblue.com

16:24 · 6/8/24 · 17,5M visualizaciones

30,1k 49,8k 325k 3,6k



Kamala Harris
@KamalaHarris

Seguir

From rural towns to city centers, our opportunity economy will ensure small businesses have resources to turn their dreams into reality.

We will expand access to venture capital, support innovation hubs and business incubators, and increase federal contracts with small businesses.

Traducir post



21:49 · 9/9/24 · 540k visualizaciones

2,8k 2k 8k 78



Kamala Harris
@KamalaHarris

Seguir

Donald Trump showed us last night at Madison Square Garden that he is fixated on his grievances, himself, and dividing our country.

That is not going to strengthen the American family or worker, and certainly will not support the dreams and aspirations of the American people.

Kamala HQ @KamalaHQ · 28/10/24

Vice President Harris: Trump’s Madison Square Garden rally last night highlighted that he is fixated on his grievances and dividing our country. He’s not going to strengthen American families and workers. He has an enemies list, I have a to-do list



18:47 · 28/10/24 · 834k visualizaciones

- Abramowitz, A.I. (2019).** *The Great Alignment: Race, Party Transformation, and the Rise of Donald Trump*. Yale University Press.
- Acharya, A., Blackwell, M., y Sen, M. (2017).** *Deep Roots: How Slavery Still Shapes Southern Politics*. Princeton University Press.
- Alexander, J.C. (2010).** *The Performance of Politics: Obama's victory and the Democratic Struggle for Power*. Oxford University Press.
- Basyouni, D., Janoff-Bulma, R., y Sheikh, H. (2022).** Political identity and moral judgment: Partisanship as a source of moral perception. *Political Psychology*, 43(1), 83-101.
- Berger, P. L., y Luckmann, T. (1996).** *The Social Construction of Reality: A Treatise in the Sociology of Knowledge*. Anchor Books.
- Brown, D., McConnell, C., y Bor, A. (2023).** Affective Polarization and Democratic Norms: Evidence from the United States. *American Political Science Review*, 117(1), 65-81.
- Brubaker, R., y Cooper, F. (2000).** Beyond "identity". *Theory and Society*, 29(1), 1-47.
- Bonikowski, B. (2016).** Three lessons of contemporary populism in Europe and the United States. *The Brown Journal of World Affairs*, 23(1), 9-24.
- Bonikowski, B., y Gidron, N. (2016).** The populist style in American politics: Presidential campaign discourse, 1952-1996. *Social Forces*, 94(4), 1593-1621.
- Buttel, F.H., y Flinn, W.L. (1975).** The Rural-Urban Dimension and Public Attitudes toward Environmental Issues. *Rural Sociology*, 40(1), 45-58.
- Campbell, A., Converse, P.E., Miller, W.E., y Stokes, D.E. (1960).** *The American Voter*. University of Chicago Press.
- Casullo, M. V. (2019).** *¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis*. Siglo XXI Editores.
- Chadwick, A. (2017).** *The Hybrid Media System: Politics and Power* (2nd ed.). Oxford University Press.
- Cramer, K. J. (2016).** *The Politics of Resentment: Rural Consciousness in Wisconsin and the Rise of Scott Walker*. University of Chicago Press.
- Creswell, J. W., y Plano Clark, V. L. (2018).** *Designing and Conducting Mixed Methods Research* (3rd ed.). SAGE Publications.
- Crenshaw, K. (1989).** Demarginalizing the intersection of race and sex: A Black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *University of Chicago Legal Forum*, 1989(1), 139-167.
- Crulli, M. (2023).** *Discursos populistas y estrategias territoriales en América del Norte*. *Revista de Comunicación Política*, 12(1), 45-68.
- Crulli, M. (2024).** Thin or thick? Populist and radical right politics across European cities, suburbs, and countryside. *Comp Eur Polit* 22, 792-838.
- Crulli, M. (2024).** Campañas identitarias y polarización territorial: el caso de Estados Unidos en 2024. *Revista de Comunicación Política*, 11(1), 54-79.
- DellaPosta, D., Shi, Y, y Macy, M. (2015).** Why Do Liberals Drink Lattes? *American Journal of Sociology*, 43(4), 51-58.
- Druckman, J. N., et. al. (2021).** Affective polarization, local contexts and public opinion in America. *Nature Human Behaviour*, 5(1), 28-38.

- Döring, H., y Mounk, Y. (2021).** Populists in government: Do they break their promises? *Perspectives on Politics*, 19(2), 383–399.
- Entman, R. M. (1993).** Framing: Toward Clarification of a Fractured Paradigm. *Journal of Communication*, 43(4), 51-58.
- Fairclough, N. (1995).** *Critical Discourse Analysis: The Critical Study of Language*. Longman.
- Fasching, A., Kaplan, N., y Mayer, J. (2024).** Urban-Rural Identity and Political Behaviour in the U.S. *American Politics Research*, 52(2), 213-237.
- Fischer, C. S. (1982).** *To Dwell Among Friends: Personal Networks in Town and City*. University of Chicago Press.
- Fiorina, M. P., Abrams, S. J., & Pope, J. C. (2005).** *Culture War? The Myth of a Polarized America*. Pearson Longman.
- Fraser, N. (1997).** Justice Interruptus: Critical Reflections on the “Postsocialist” Condition. Routledge.
- Gidron, N., y Bonikowski, B. (2013).** Varieties of populism: Literature review and research agenda. *Weatherhead Center for International Affairs, Working Paper Series*, No. 13–0004.
- Gimpel, J. G., Schuknecht, J. E. (2006).** *Patchwork Nation: Sectionalism and Political Change in American Politics*. University of Michigan Press.
- Gimpel, J.G., Lovin, N., Moy, B. et al. (2024).** The Urban–Rural Gulf. *American Political Behavior*. *Polit Behav* 42, 1343–1368
- Gimpel, J.G., Fasching, A. y Mayer, J. (2024).** Rural consciousness revisited: Political identity and place. *Political Behavior*, 46(1), 145-170.
- Greenberg, M. y Halegoua, G. R. (2005).** Urban-Rural Divides in U.S. Values and Politics. *Journal of Urban Affairs*, 27(3), 231-246.
- Gumbrecht, H. U. (2004).** *Production of Presence: What Meaning Cannot Convey*. Stanford University Press.
- Hall, S. (1996).** Introduction: Who needs “identity”? In S. Hall & P. du Gay (Eds.), *Questions of Cultural Identity* (pp. 1–17). SAGE Publications.
- Hall, S. (1997).** *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. Sage Publications.
- Hanson, R. (2015).** The Moral Geography of Rural America. *Sociological Inquiry*, 85(3), 381-408.
- Hawkins, K. A. (2010).** *Venezuela’s Chavismo and Populism in Comparative Perspective*. Cambridge University Press.
- Hershewe, A. y Smith, R. (2023).** Identity Conflict and Political Alienation in Rural America. *Political Research Quarterly*, 76(2), 220-237.
- Hetherington, M. J., y Rudolph, T. J. (2015).** *Why Washington Won't Work: Polarization, Political Trust, and the Governing Crisis*. University of Chicago Press.
- Hochschild, A. R. (2016).** *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*. The New Press.
- Huddy, L. y Mason, L. (2015).** Expressive Partisanship: Campaign Involvement, Political Emotion, and Partisan Identity. *American Political Science Review*, 109(1), 1-17.

- Iyengar, S. y Kinder, D. R. (1987).** *News that Matters: Television and American Opinion*. University of Chicago Press.
- Iyengar, S. y Westwood, S. J. (2015).** Fear and Loathing across Party Lines: New Evidence on Group Polarization. *American Journal of Political Science*, 59(3), 690, 707.
- Iyengar, S. y Lelkes, Y. (2022).** *Affective Polarization in America: Causes and Consequences*. Cambridge University Press.
- Jackson, D. et al. (2024).** U.S. Election Analysis 2024: Media, Voters and the Campaign. *The Centre for Comparative Politics and Media Research*.
- Jagers, J., y Walgrave, S. (2007).** Populism as political communication style: An empirical study of political parties' discourse in Belgium. *European Journal of Political Research*, 46(3), 319–345.
- Key, V.O. (1964).** *Politics, Parties, and Pressure Groups*. (5^a ed.). Crowell.
- Laclau, E. (2005).** *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Lakoff, G. (2004).** *No pienses en un elefante: Lenguaje y debate político*. Editorial Complutense.
- Levitsky, S., y Ziblatt, D. (2018).** *How Democracies Die*. Crown Publishing.
- Lorusso, A. M. (2018).** *Postverità: Fra realtà e finzione*. Laterza.
- López García, G., Campos-Domínguez, E., y Valera-Ordaz, L. (2021).** *Comunicación política en la era digital*. Tecnos.
- Luntz, F. (2007).** *Words that Work: It's Not What You Say, It's What People Hear*. Hyperion
- Lunz Trujillo, K. (2022).** Rural Perceptions and Political Distrust: Cultural Disconnection in the American Heartland. *Sociology Compass*.
- Martínez, A. (2012).** *Metodologías mixtas en ciencias sociales*. Editorial UOC.
- Marx, K. (1867/1922).** *El capital: Crítica de la economía política*. Fondo de Cultura Económica.
- Mason, L. (2018).** *Uncivil Agreement: How Politics Became Our Identity*. University of Chicago Press.
- McConnell, C., Brown, D., y Bor, A. (2018).** Affective polarization and democratic norms: Evidence from the United States. *American Political Science Review*, 112(4), 959–974.
- McCombs, M. E., y Shaw, D. L. (1972).** The Agenda-Setting Function of Mass Media. *Public Opinion Quarterly*, 36(2), 176-187.
- McCoy, J., Rahman, T., y Somer, M. (2018).** Polarization and the global crisis of democracy: Common patterns, dynamics, and pernicious consequences. *American Behavioral Scientist*, 62(1), 16–42.
- McGraw, K. M. (2010).** *Political Psychology*. Oxford University Press.
- McPherson, M., Smith-Lovin, L. y Cook, J. M. (2001).** Birds of a Feather: Homophily in Social Networks. *Annual Review of Sociology*, 27, 415-444.
- McKee, S. C. (2008).** *Rural Voters and the Polarization of American Presidential Elections*. *PS: Political Science & Politics*, 41(01), 101–108.

- Mettler, S. y Brown, T. (2022).** The Growing Rural-Urban Political Divide and Democratic Vulnerability. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 699(1), 130-142.
- Moffitt, B. (2016).** *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation*. Stanford University Press.
- Mudde, C. (2004).** The populist zeitgeist. *Government and Opposition*, 39(4), 541–563.
- Mudde, C., y Rovira Kaltwasser, C. (2017).** *Populism: A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- Mutz, D. C. (2018).** *Hearing the Other Side: Deliberative Versus Participatory Democracy*. Cambridge University Press.
- Nagle, A. (2017).** *Kill all normies: Online culture wars from 4chan and Tumblr to Trump and the alt-right*. Zero Books.
- Noury, A., y Roland, G. (2020).** Identity politics and populism in the United States. *CEPR Discussion Paper No. DP14715*.
- Oliver, J. E., y Rahn, W. M. (2016).** Rise of the Trumpenvolk: Populism in the 2016 Election. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 667(1), 189–206.
- Ostiguy, P. (2017).** Populism: A socio-cultural approach. *The Oxford handbook of populism* (pp. 73–97). Oxford University Press.
- Oppenheimer, D.B. (2005).** Political Sorting and the Migration of Ideology. *Political Behavior*, 27(3), 277-297.
- Pariser, E. (2011).** *The filter bubble: What the Internet is hiding from you*. Penguin Press.
- Pew Research Center. (2024).** *Changing Partisan Coalitions in a Politically Divided Nation*. <https://www.pewresearch.org/politics/2024/04/09/changing-partisan-coalitions-in-a-politically-divided-nation/>
- Polletta, F. (2006).** *It was like a fever: Storytelling in protest and politics*. University of Chicago Press.
- Reese, S. D. (2001).** Framing Public Life: A Bridging Model for Media Research. En S. D. Reese, O. H. Gandy Jr., & A. E. Grant (Eds.), *Framing Public Life*. Lawrence Erlbaum Associates.
- Rodríguez Andrés, R. (2021).** Estética populista e identidades territoriales: el caso Trump. *Revista Comunicación y Sociedad*, 40(1), 145–166.
- Scala, D. J. y Johnson, K. M. (2017).** Political Polarization along the Rural-Urban Continuum? The Geography of the Presidential Vote, 2000–2016. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 672(1), 162–184.
- Scolari, C. A. (2013).** *Narrativas transmedia: Cuando todos los medios cuentan*. Deusto.
- Serrano, A., y Zurdo, Á. (2014).** *Representaciones audiovisuales de las personas sin hogar: Una aproximación sociohermenéutica al discurso televisivo*. *Comunicación y Sociedad*, 22(2), 63–90.
- Skocpol, T., y Williamson, V. (2011).** *The Tea Party and the remaking of Republican conservatism*. Oxford University Press.

- Snow, D. A., y Benford, R. D. (1988).** Ideology, frame resonance, and participant mobilization. *International Social Movement Research*, 1(1), 197–217.
- Stroud, N. J. (2011).** *Niche news: The politics of news choice*. Oxford University Press.
- Sunstein, C. R. (2001).** *Republic.com*. Princeton University Press.
- Taggart, P. (2000).** *Populism*. Open University Press.
- Tajfel, H., & Turner, J. C. (1979).** "An Integrative Theory of Intergroup Conflict". En *The Social Psychology of Intergroup Relations* (pp. 33-47). Brooks/Cole.
- The New York Times. (2021).** *Election 2020 Results*. <https://www.nytimes.com/interactive/2020/11/03/us/elections/results-president.html>
- Tucker, J. A., et. al. (2018).** Social media, political polarization, and political disinformation: A review of the scientific literature. *Political Polarization Project Working Paper*, Hewlett Foundation.
- Urbinati, N. (2019).** *Me the people: How populism transforms democracy*. Harvard University Press.
- Van Gorp, B. (2007).** "The constructionist approach to framing: Bringing culture back in". *Journal of Communication*, 57(1), 60-78.
- Young, I. M. (2000).** *Inclusion and democracy*. Oxford University Press.